

Prólogo de Oldrich Haselman

¿Para qué reeditar este libro redactado a fines de los años 50 y publicado en castellano en la década del 60? ¿Para qué reeditarlo precisamente en esta década cuya primera mitad vio la victoria de los ideales democráticos en casi una decena de países, reduciendo a un mínimo histórico los que todavía tienen que soportar un régimen totalitario de cualquier índole?

Es la historia humana misma que responde a esta pregunta a través de los múltiples ejemplos de destrucción de las sociedades más avanzadas por otras. Como lo dice el autor de este libro, "la democracia una vez realizada debe prohibirse a sí misma, caer en la complacencia y la tentación de creer que ha alcanzado los límites de la destreza social y el fin de toda acción". En consecuencia, "... algunos verán con desencanto que por siempre será necesario pelear, luchar y defender lo que ya ha sido ganado. Pero la vida y la historia nunca han sido de otra manera". Este libro debe contribuir tanto a fortalecer la democracia recién adquirida como a servir de memento a los países con experiencia democrática ya asentada desde más largo tiempo.

Brillantemente introducido por Adolf A. Berle Jr., el texto habla por sí mismo y no necesita epítetos particulares. Sin embargo, muchos lectores querrán saber probablemente más sobre su autor, para tener una explicación así sobre las dos principales virtudes de este libro que consisten en un relato completo, paciente y claro del estado actual y de las perspectivas de la democracia, y en un estilo, de una perfección evocadora e irresistible.

En 1918, cuando tenía 33 años, Ferdinand Peroutka entra de lleno en la vida periodística de su país. En contacto íntimo con intelectuales praguenses, como Karel Capek, Franz Kafka o Egon Kisch, Peroutka crea, en 1924, el semanario "Presencia" y se distingue igualmente por artículos de fondo que aparecen en el diario independiente de alto nivel internacional como es el "Diario Popular". Aunque nunca se adhiere a un partido político, Peroutka pone sin embargo toda su energía en la construcción del joven y moderno estado que fue la Checoslovaquia de entonces, en estrecha colaboración con el Presidente filósofo T.G. Masaryk, Edward Benes y otros. Esa obra culmina con la publicación de su obra maestra "La construcción del Estado" que se ve quebrada por la capitulación del

Occidente en Múnich en 1938 y la liquidación física del resto de Checoslovaquia, por la ocupación nazi de marzo de 1939.

Detenido por la Gestapo, Peroutka pasa seis años en los campos de concentración, escapando milagrosamente de la muerte varias veces. Exhausto físicamente pero espiritualmente intacto, Peroutka reanuda su carrera recreando su semanario bajo el nombre de "Hoy Día" y como Redactor en Jefe del nuevo diario popular que adopta el nuevo nombre del "Diario Libre". La derrota de la democracia checoslovaca en las manos del Partido Comunista, en febrero de 1948, quiebra una vez más su acción pública en su país de origen.

Obligado a refugiarse en el Occidente, Peroutka consagra los últimos treinta años de su vida a una lucha activa en pro de la libertad y de la democracia, denunciando incansablemente todos los peligros de cualquier índole que sean, y muere en exilio sin jamás haber podido volver a su país.

Esta sumaria presentación del Peroutka periodista-político, sería incompleta sin la mención de la otra faceta tan significativa como la primera que es la de un artista, escritor, dramaturgo, crítico literario y artístico, ensayista, comentarista de acontecimientos en la cultura, vida pública en general y autor de numerosos estudios en el campo de la filosofía, las costumbres, etc...

En sus sesenta años de acción pública, Peroutka se cuidó ansiosamente de no caer en ningún tipo de exageración, de demagogia o aun mismo de ambigüedad. De una manera sistemática, paciente y moderada siempre trató de promover la libertad y la verdad a cualquier precio. Su ideal lo buscaba en una "vía mediana" de la cual decía que es la vía de la vida que comporta el menor número de muertes violentas y una vía de la libertad que comporta el menor número de gente encarcelada. Aunque no estima que el hombre es por definición bueno, Peroutka queda inquebrantablemente convencido de que no hay alternativa a la búsqueda del bien en el hombre y que una vez encontrado hay que comprometer todos los medios para fortalecerlo y mantenerlo al nivel adecuado. En lugar de una fe simple en el hombre, Peroutka, reconociendo la complejidad de la naturaleza humana, está determinado a fundar toda su acción sobre los buenos lados de esta naturaleza, inclusive los que se encuentran reprimidos en ciertas situaciones.

* *Manifiesto Democrático*, Colección Clásicos de la Democracia de la Universidad Autónoma de Centro América, 1986.

Para demostrar más concretamente lo que precede, recordemos el medio ambiente que influyó a Peroutka, según sus declaraciones:

- Desde el punto de vista intelectual, Peroutka estimaba a Voltaire por la claridad y precisión de su pensamiento, a Goethe por su ideal de la armonía clásica y a Dostoievski por su capacidad de penetración del alma humana y del lado trágico de la existencia.

-Desde el punto de vista filosófico, Platón por su idea del deseo eterno de un mundo ideal, Schopenhauer por su pesimismo, Nietzsche por su análisis del nihilismo, del gobierno moderno, de su torpeza, vulgaridad y su predicción del apocalipsis y Montaigne por su escepticismo y su insaciable curiosidad.

-Citas políticas: la de Lord Acton que "un poder absoluto corrompe de una manera absoluta" y la de Max Weber que "la vida política es como taladrar una madera dura".

-El hombre de Estado más grande de este siglo: Winston Churchill por haber salvado nuestra civilización, añadiendo, sin embargo, "¿Por cuánto tiempo?"

-Consciente de todas las debilidades del ser humano, de los caprichos de la historia, capaz de servir de denominador común, Peroutka les opone la necesidad de la búsqueda obstinada y perseverante de la libertad a través de la plenitud total de las calidades humanas, la única vía para llegar a esta meta, siendo la democracia en el sentido pleno y moderno de la palabra como resulta de las siguientes páginas.

La democracia en América

Alexis de Tocqueville*

Prólogo de Constantino Urcuyo

Hace más de 150 años, un aristócrata francés de veintiséis años realizó un prolongado viaje por los Estados Unidos. El propósito inicial de observar el sistema penitenciario quedó ampliamente superado al finalizar el periplo de Alexis de Tocqueville y su amigo Gustave de Beaumont. En efecto, el enfrentarse a un pueblo nuevo que vivía la revolución social de su tiempo, les impresionó para siempre.

De Tocqueville regresa a su país y en asocio de Beaumont trata de describir, y sobre todo de comparar con Francia, la experiencia de la sociedad norteamericana. Después de varios intentos, Alexis continúa sus objetivos solo, y en 1835, tras años de intensa labor, publica el primer volumen *De la Démocratie en Amérique*.

La Democracia en América no es, sin embargo, un libro de viajes, pues en éste De Tocqueville revela una vocación doble: por una parte, continúa la tradición sociológica de Montesquieu, al describir una sociedad específica y ejercitar el método comparativo; y por otra, realiza la labor del teórico político, al partir de las características globales de la democracia, para explicar las consecuencias que sus rasgos estructurales generan en las sociedades concretas.

Si De Tocqueville se hubiera limitado al relato de su experiencia norteamericana, su libro hubiese sido interesante. Sin embargo, su "finesse" en el análisis concreto y su rigurosidad en la generalización

produjeron una obra que todavía hoy día es referencia obligatoria para quienes desean entender el fenómeno norteamericano y analizar el problema de la democracia.

El Hombre y su Vida

Alexis de Tocqueville (1805-1859) ha sido definido como el observador más penetrante del inicio de la nueva era que se origina con la revolución francesa. Abogado, magistrado a los veintidós años, diputado, y, por un corto período de tiempo, ministro de Relaciones exteriores; este político fue también un historiador riguroso y un precursor del pensamiento sociológico.

Hijo de aristócratas, descendiente de una gran familia, temía y menospreciaba a las masas, pero como lo ha señalado Curtis: "Tocqueville era un aristócrata que había aceptado la derrota de su clase", lo que hace que sus juicios acerca de la sociedad democrática oscilen entre "la severidad y la indulgencia, entre una reticencia de su corazón y una adhesión vacilante de su razón".

La vida y producción intelectual de Tocqueville están influenciadas por Inglaterra. Se casa con una inglesa (1836), la democracia constitucional inglesa condiciona sus concepciones políticas, a la vez que el intercambio de ideas con Stuart Mill contribuye al decantamiento de su posición liberal.

Sus obras más importantes son: *De la Démocratie en Amérique* y *L'Ancien Régime et la Révolution*. Sin

* *La democracia en América*, Colección Clásicos de la Democracia de la Universidad Autónoma de Centro América, 1986

embargo, *Écrits et Discours Politiques, Souvenirs, Voyages, Correspondance Anglaise y Correspondance d'Alexis de Tocqueville et Arthur de Gobineau*, revelan también la profundidad de su pensamiento. *La Démocratie*, al examinar el caso norteamericano, trata de determinar las causas de la persistencia de la libertad en un contexto democrático; la segunda, procura comprender las dificultades de Francia"... Para ser una sociedad políticamente libre, pese a que sea o parezca democrática...", como ha señalado Raymond Aron.

La Democracia en América: Una sociología de los Estados Unidos y una generalización sobre las consecuencias de la Democracia.

La Démocratie es -ha dicho Marvin Zetterbaum- "...una exposición sobre la manera en que una condición social particular, la condición de la igualdad, ha podido hacerse sentir en las instituciones políticas de la nación, y en las costumbres y hábitos intelectuales de los ciudadanos". Antes de emprender su análisis es necesario dar un vistazo al método empleado en su elaboración.

El Método: Tocqueville parte del método de Montesquieu y trata de descubrir el espíritu de la nación, de aprehender globalmente una sociedad, descubriendo las causas que la definen.

Usa el método comparativo, confrontando las diversas especies de sociedades, pertenecientes a un mismo género o tipo; pero también parte de la consideración abstracta del tipo ideal de sociedad para deducir las características concretas que las formas sociales específicas podrán adquirir. Combina estos dos caminos con el retrato sociológico de una sociedad dada, o con la explicación de las causas de la crisis histórica de las sociedades.

La originalidad del pensamiento de Tocqueville reside en que su sociología toma en cuenta la influencia de las instituciones políticas sobre la vida social, en contraposición a los sociólogos franceses quienes han destacado los fenómenos de la estructura social a expensas de los fenómenos relacionados con las instituciones políticas.

Las Ideas: El interrogante fundamental de esta obra es: ¿Por qué en los Estados Unidos la democracia es liberal?

Aunque no definió sistemáticamente la idea de democracia o de sociedad democrática, se refiere con ella a un cierto tipo de sociedad, en la que la igualdad de las condiciones sociales es el principio fundamental. La igualdad surge cuando ya no pueden continuar existiendo las distinciones de órdenes y de clase, ni las diferencias hereditarias de condiciones o de

profesiones. Tocqueville vio la cristalización de esta igualación de condiciones en los Estados Unidos de 1830, pero, no fue un admirador ingenuo de esta sociedad. Por el contrario, no vio a Norteamérica" ... a ninguna otra sociedad, como una situación en la que el principio de igualdad había llegado a actualizarse completamente, sin embargo, los Estados Unidos se aproximaban a este ideal más que cualquier otro régimen", como señala Zetterbaum.

El gobierno adaptado a una sociedad igualitaria es el gobierno democrático. Al no existir diferencias esenciales de condición, la soberanía pertenece a todos. La igualdad es la ley social y la democracia el carácter propio del estado, una sociedad en que el bienestar del mayor número es el objetivo principal.

Tocqueville desarrolla de nueva manera uno de los problemas de Montesquieu, quien creía que la libertad podía conservarse en dos tipos de sociedad: en las pequeñas repúblicas antiguas, por la virtud e igualdad, y en las monarquías donde la desigualdad es la garantía de la libertad, pues cada uno guarda fidelidad a su condición.

Para Tocqueville, después de la Revolución Francesa, el problema es diferente. No puede concebir la libertad asentada sobre la desigualdad cuyos fundamentos han desaparecido con la revolución. La igualdad de las condiciones se ha convertido ya en el hecho social dominante. La libertad debe afirmarse sobre la realidad democrática de la igualdad de condiciones y salvaguardarse mediante instituciones como las estadounidenses.

Estas instituciones permiten evitar que la democracia degenera en despotismo, pues la igualdad de condiciones, al producir un atomismo e individualismo, en el que la mayor preocupación de cada ciudadano es lograr el bienestar material propio, hace propensos a los hombres a entregar su libertad a cambio del bienestar, aquí reside la paradoja fundamental de la democracia; la igualdad de condiciones es compatible tanto con la tiranía como con la libertad. ¿Cómo resolver este problema?

Las instituciones democráticas (oposición del poder con el poder, pluralidad de centros de decisión, autogobierno del pueblo) garantizan la libertad, pues logran que los individuos dejen de pensar únicamente en sí mismos y se preocupen por el bien común, transformándose en ciudadanos conscientes. La participación en los asuntos de la polis produce la apertura de las mentes y el acercamiento entre los hombres, conciliándose así la igualdad con la libertad. Esta postergación de las gratificaciones inmediatas, en nombre del bien de la comunidad, impide la entrega de la independencia y autonomía personales a cambio del

bienestar material. Pero la resolución de la paradoja de la democracia no descansa únicamente sobre estas instituciones.

La construcción deliberada de una moralidad pública, apoyada en la religión, es un complemento indispensable para el funcionamiento de la institucionalidad democrática. En la experiencia histórica de los Estados Unidos ve Tocqueville la cristalización de esta unión entre el espíritu democrático y el espíritu religioso.

La Experiencia Norteamericana

Tocqueville señala las causas del carácter democrático y liberal de la Sociedad norteamericana.

1. La situación accidental y particular en que se encuentra esta sociedad, origina la primera serie de causas (no las más importantes): las relativas al espacio geográfico (extenso y relativamente vacío) y a la calidad de las poblaciones inmigrantes (educadas y con valores morales puritanos).

2. Considera que las leyes adecuadas para salvaguardar la libertad norteamericana democrática son aquellas que garantizan:

a. el carácter federal de la constitución, pues éste combina las ventajas de las grandes naciones (fuerza) con las propias de las pequeñas (igualdad), evitando así los peligros de ambas (centralización y debilidad);

b. la libre y dinámica circulación de los bienes;

c. el sistema bicameral que impide la concentración del poder en el legislativo, y el sistema presidencialista que logra la independencia del ejecutivo con relación al legislativo y al cuerpo electoral;

d. el espíritu jurídico, transformado en el sustituto de la aristocracia;

e. la pluralidad de partidos, y la libertad de asociación y las asociaciones voluntarias. La libertad de prensa es también garantía del carácter liberal de la sociedad.

3. Finaliza estas consideraciones, con un análisis de las causas relativas a los hábitos y las costumbres, las cuales considera las más importantes.

Son las condiciones sociales de libertad, las costumbres y creencias de los hombres las que han hecho posible el carácter liberal de la sociedad norteamericana; los norteamericanos han logrado unir el espíritu religioso y el espíritu de libertad. Esta fusión hace posible la vigencia de la libertad, pues actúa como elemento moderador del principio irrestricto de la satisfacción propia. En una sociedad igualitaria que quiere gobernarse a sí misma, existe la necesidad de

una disciplina moral, y la fe religiosa es el mejor factor de creación de esta disciplina, generadora de cohesión social.

El segundo volumen de la Democracia está dedicado al estudio de la democracia en el mundo moderno. Tocqueville parte de la idea abstracta de democracia y se pregunta por las formas que ésta puede llegar a revestir y sobre el porqué de estas variaciones.

Primera Parte:

Analiza las consecuencias de la democracia para el movimiento intelectual, la religión y las ideas en general. Liga la creciente uniformidad de los grupos humanos con el surgimiento de la idea de un Dios único; el concepto de la perfectibilidad y movilidad social del individuo con la idea del progreso y ascensión de la humanidad en general.

Segunda Parte:

Trata de explicar los sentimientos predominantes en una sociedad democrática. La pasión general y dominante es por la igualdad, la que se impone al gusto por la libertad. Los hombres tienen una preocupación mayor por eliminar las desigualdades, antes que por garantizar la independencia personal. La búsqueda del bienestar material es predominante y esto genera una fuente de tensión permanente.

Tercera Parte:

En las sociedades democráticas las costumbres se suavizan, al desaparecer las jerarquías aristocráticas. No son sociedades revolucionarias. Las grandes revoluciones pertenecen a la fase de transición entre las sociedades tradicionales y las sociedades democráticas.

Cuarta Parte:

En la conclusión constata que las sociedades modernas conocen de dos líneas de tensión. Por una parte, la igualación de condiciones, la uniformización de los modos de vida y la concentración de poderes; por otra, la permanente rebelión contra los vestigios de los viejos poderes.

La obra de Tocqueville y en particular la Democracia, revelan el carácter del período de transición que le tocó vivir. Nuestro autor se debate entre los temores hacia lo nuevo desconocido y el reconocimiento de lo inevitable del proceso histórico, el cual caracteriza como: "como un estado de igualdad, tal vez menos elevado, pero eso sí más justo: justicia que constituye su grandeza y su belleza". Esa aceptación de la inevitabilidad y de la justicia de la revolución democrática, significa, no sólo una gran lucidez

intelectual y política, sino también, al describir los rasgos de este nuevo proceso, un juicio positivo sobre las nuevas instituciones; con ello, trasciende el marco histórico concreto en que realiza su labor y se proyecta en el tiempo en dos dimensiones: a-la explicación sociológica de la experiencia norteamericana; y b- la teorización sobre las consecuencias de las instituciones democráticas.

Cuando asistimos a las actuales discusiones sobre los peligros que acechan a la democracia, tanto desde el extremo del egoísmo individualista, que se rehúsa a reconocer límites para el placer individual; como del lado del centralismo burocrático, que ofrece el pan a cambio de la libertad; no podemos sino maravillarnos de la visión de aquel joven, quien no imaginó que su

experiencia iba a iluminar la comprensión de los problemas de las sociedades modernas, acorraladas entre el despotismo y el olvido del bien común.

Si algo nos reitera la lectura de Tocqueville es que la Democracia sigue siendo la solución; si entendemos ésta como moderación y solidaridad ciudadana frente a los peligros de la autosatisfacción irrestricta; y como independencia y equilibrio, garantizados por las instituciones de la democracia liberal, frente a los peligros de la centralización del poder en manos de pocos llámense éstos clase, raza, nación o partido.

Camino de Servidumbre

*Friedrich A. Hayek**

Prólogo de Alberto Di Mare

He dividido esta introducción en cuatro partes, la primera dedicada al libro CAMINO DE SERVIDUMBRE, -muy breve, pues al libro le bastan las escritas por el autor-, la segunda a una corta reseña sobre el autor y su obra, la tercera a los libros publicados por él y una cuarta, separada y compuesta por fotografías, de la visita de Hayek a Costa Rica.

De los autores incluidos en esta colección de CLASICOS DE LA DEMOCRACIA, Friedrich A. Hayek es el más íntimamente ligado a nuestra Patria, donde estuvo en Abril de 1965, en una visita seminal para el futuro desarrollo de nuestro pensamiento político democrático. Posteriormente ha mantenido el contacto, por visitas a Guatemala y en Congresos de la Sociedad Mont Pelerin a los que varios distinguidos estudiosos costarricenses han asistido, principalmente Fernando Trejos, Cecilia Valverde, Miguel Ángel Rodríguez, Jorge Corrales y Alberto Di Mare.

Karl Marx escribió, en 1848 en su Manifiesto Comunista, uno de los mayores elogios a la "burguesía" (la clase social de los hombres libres), al asombrarse, como todos, por la capacidad creativa, en su tiempo, del régimen de libertad, no obstante las inmensas lacras que todavía mostraba entonces, las que habría de superar posteriormente, logrando con esta obra adicional de civilización, que Marx no supo prever, falsear las profecías con que el gran sociólogo alemán predijo la catastrófica aniquilación de la burguesía y el advenimiento inexorable de un socialismo del cual, tampoco, fue capaz de imaginar cuán nefando sería.

Según Marx, "Durante su dominio de apenas cien años, la burguesía ha creado unas fuerzas productivas más masivas y colosales que durante todas las generaciones precedentes juntas. Sujeción al hombre de las fuerzas de la naturaleza, maquinaria, aplicación de la química a la industria y a la agricultura, navegación a vapor, ferrocarriles, telégrafo eléctrico, preparación para el cultivo de continentes enteros, canalización de ríos, pueblos enteros sacados a la tierra, ¿qué siglo anterior ha tenido ni el presentimiento de que en el seno del trabajo social dormitaban tales fuerzas productivas?".

Esta genial intuición marxista, sobre las capacidades de liberación y progreso del sistema burgués, tiene su correspondiente en el "Camino de Servidumbre" de Hayek, que es una genial intuición de las capacidades destructivas del totalitarismo, típico del socialismo de su tiempo, de lo que no se percataba la sociedad europea de entonces y que él sí pudo percibir claramente por haber vivido parte del experimento social más nefasto, junto con el soviético, que la humanidad haya ensayado: el fascismo nacional-socialista.

"Camino de Servidumbre" es actual en nuestra coyuntura, pues no nos percatamos adónde nos conducirán las medidas socializantes, estatizantes y protectoras que día a día promulgamos, las que inexorablemente nos convertirán en súbditos de un Estado omnipotente y omnipresente, que nos hundirá en pobreza y opresión, al cegar las fuentes de la iniciativa, devorándolas en su idolatría totalitaria; con lo que acabaremos, como temía Hayek lo haría Inglaterra, perdiendo nuestras libertades, por no haber tenido la prudencia de meditar las consecuencias de los actos

* Camino de Servidumbre, Colección de la Democracia de la Universidad Autónoma de Centro América, 1986.

con que cercenábamos la savia de nuestra vida republicana y de nuestra independencia individual.

Hayek como sociólogo

Quizás la apelación que más convenga al quehacer intelectual de Hayek es la de filósofo social: él es uno de esos raros casos en que el entrenamiento en economía lleva a meditaciones más hondas y a la contemplación de un universo más rico, y de mucho mayor sentido que el posible desde sólo la economía.

Es el caso de David Hume, de Adam Smith, de Karl Marx, John Stuart Mill, Vilfredo Pareto, Joseph Schumpeter y ciertamente de Friedrich Hayek.

No fueron todos, necesariamente, los grandes descubridores, pero sí alcanzaron una comprensión de la sociedad, del hombre y de la historia de tal generalidad y poder teórico que modificaron el rumbo del pensamiento social en su tiempo.

Hayek se interesó inicialmente en la psicología, luego pasó a la economía y a la teoría de la ciencia o epistemología, y de aquí a un estudio muy profundo de la teoría de la sociedad, a lo que ha dedicado los últimos treinta años, sistemática y fructíferamente.

Es quizás el autor que más ha analizado el orden de la libertad, las características homeostáticas propias del orden social, que permiten la existencia del orden espontáneo, sin designio previo, de donde dimana el poderío de la libertad en la vida social y de donde proviene el milagro de creatividad de la "burguesía", que tanto asombrara a Marx, a la que debemos la proliferación de vida, civilización, bienestar y cultura características de nuestra época, la más brillante en la historia de la humanidad.

Bienestar y civilización logrados no sólo para unos cuantos, sino para todos, como es típico del orden de libertad, necesariamente democrático y multitudinario, pues al ser todos provechosos no conviene marginar a nadie, ya que al hacerlo perdemos en lugar de ganar (en el sistema de mercado, el egoísmo es necesariamente altruista).

La gran obra de Hayek es el análisis profundo y la demostración de ser la libertad indispensable para la comunicación del conocimiento, para la división del trabajo, para lograr la mejor utilización de los recursos, en fin para todos los quehaceres cotidianos y los pequeños actos de la vida, y no sólo un principio sagrado que nos acerca a los dioses. Si dejamos de ser libres no podremos ser ni tan siquiera buenos esclavos, no ya herederos de los cielos.

Esta puesta en claro de las cosas esenciales es fundamental, por cuanto el vigor de la libertad y su

triunfo último e inevitable no se basa sólo en nuestra dignidad y altísimo destino, sino en los afanes de cada día. No es por eso casual que la libertad sea el legado de ingleses y holandeses, pueblos de tenderos, y no de las brillantes aristocracias o las academias ilustres de este mundo.

Como el cristianismo, la libertad es piedra de escándalo, porque ella convierte a los palurdos en señores y a los incipientes en sabios: improvisadamente resulta más útil el esclavo que el amo, en el espontáneo orden social que nace, como por sortilegio, del sólo acaecer de los hechos y así, cada vez, la vida se muestra más poderosa que la mente, sin que le hagan falta designios, escuderos o achichinques, para su obra de ordenación, prodigio y maravilla.

Libros de Hayek

Presento una lista de los libros de Hayek, conforme al trabajo de John Cody y Nancy Ostrem, publicado en "Literature of Liberty", Winter 1982 (vol. No. 4), por el Institute of Humane Studies, Indianápolis. Los libros en mayúsculas son los que creo más importantes, en sociología, política y economía. Si el libro existe en español he puesto su nombre en nuestra lengua, de otra manera en inglés. De las obras publicadas sólo en alemán no hago referencia.

La Toorie Monetaria y el Ciclo Económico (1949), PRODUCCION Y PRECIOS (1931), Monetary Nationalism and International Stability (1937), Profits, Interest and Investments: and Other Essays on The Theory of Industrial Fluctuations (1939), LA TEORÍA PURA DEL CAPITAL (1941), CAMINO DE SERVIDUMBRE (1944), INDIVIDUALISMO Y ORDEN ECONOMICO (1948), John Stuart Mill and Harriet Taylor: Their Friendship and Subsequent Marriage (1951), THE COUNTER-REVOLUTION OF SCIENCE: STUDIES ON THE ABUSE OF REASON (1952), The Sensory Order: An Inquiry into the Foundations of Theoretical Psychology (1952), The Political Idea of the Rule of Law (1955), LA CONSTITUCION DE LA LIBERTAD (1960), Studies in Philosophy, Politics and Economics (1967), LAW, LEGISLATION AND LIBERTY (Vol. 1: Rules and Order, 1973; Vol. II: The Mirage of Social Justice, 1976; Vol. III: The Political Order of a Free People, 1979), New Studies in Philosophy, Politics, Economics and the History of Ideas (1978).

Dar un detalle de sus artículos y panfletos ocuparía demasiado espacio, cfr. Cody y Ostrem, op. cit.

Afortunadamente Hayek aún vive y escribe, se encuentra trabajando en un libro sobre el racionalismo, el socialismo y el constructivismo, que intitulará "The Fatal Conceit", conceptuado, por quienes han leído los primeros borradores, como una obra crítica definitiva.

Ha enseñado en la Universidad de Viena, en la London School of Economics, en la Universidad de Chicago, en la Universidad de Friburgo (de la que fue Rector), en la Universidad de Salzburgo. Posee innumerables distinciones académicas, entre las cuales el Premio Nobel en Economía (1974).

14 de Julio de 1986

Aniversario de la Revolución Francesa.

El origen del poder político según Francisco Suárez

*Ignacio Gómez Robledo**

Prólogo de Fabio Fournier

La Universidad Autónoma de Centro América ha tenido la feliz idea de conmemorar el X Aniversario de su fundación editando varias obras clásicas sobre la libertad y la democracia, escritas por grandes pensadores de diversas partes del mundo.

Difícilmente podría encontrar la Universidad un medio más apropiado para festejar sus diez años de existencia, porque esa casa de enseñanza es un auténtico producto de la vida democrática costarricense y del ejercicio de determinadas libertades fundamentales que consagra la Constitución Política de nuestro país.

Fue audaz el empeño de un grupo de costarricenses de crear una Universidad totalmente libre de influencias políticas, religiosas o ideológicas, constituida por una federación de pequeños colegios que no pudieran recibir más de mil alumnos cada uno, con el propósito de que los estudiantes estuvieran en continuo contacto con sus profesores y que la enseñanza fuera lo más personalizada y directa posible.

Si en Costa Rica no se practicara una auténtica democracia y no fueran realidades vividas, día con día, la libertad de enseñanza, la libertad de asociación y la libertad de expresión, no hubiera tenido éxito tal iniciativa, porque no habría encontrado ambiente en las diferentes clases sociales del país y en particular entre los jóvenes y porque nadie habría querido arriesgar cuantiosas sumas en la fundación de colegios.

Desde luego que hubo oposición en algunos sectores políticos y profesionales al proyecto de crear esta Universidad privada, pero la idea se impuso y nuestra Universidad es ya una institución poderosa en el ambiente cultural costarricense.

Fruto directo de la vida democrática y del ambiente de libertad, que nos caracterizan, es natural que la Universidad, al sentirse consolidada, quiera rendir

*El origen del poder político según Francisco Suárez, Colección Clásicos de la Democracia de la Universidad Autónoma de Centro América, 1987.

homenaje a los grandes pensadores del pasado y del presente que han contribuido a formar conciencia en todos los pueblos de que la vida no es completa ni digna de vivirse si los hombres no son libres y si no logran crear sistemas de gobierno que garanticen, con toda la amplitud posible, el respeto de los derechos de la persona humana y del ciudadano. Desde luego la lista de grandes pensadores que han contribuido a formar la conciencia liberal de nuestros tiempos es muy numerosa y no todos los nombres están comprendidos en esta edición conmemorativa.

Posiblemente la selección se ha hecho tomando en cuenta la relación de las obras editadas con la problemática social a que nos enfrentamos en la actualidad, y por eso se ha prescindido de obras que fueron importantísimas en otros momentos de la historia, pero que ya cumplieron su labor.

Entre los libros escogidos para esta edición está el que me corresponde comentar en estas líneas, obra de un gran jurista, sociólogo e historiador mexicano, con quien he tenido contacto personal en varios Congresos del Instituto Hispano-Luso-Americano de Derecho Internacional, el Dr. Ignacio Gómez Robledo.

El Dr. Gómez Robledo es uno de los intelectuales más respetados y admirados en su patria y en todo el mundo de habla castellana. Ha desempeñado importantísimos cargos diplomáticos y aprovechó el tiempo que sus funciones oficiales le dejaron libre para dedicarse a investigaciones filosóficas, jurídicas y literarias y ha escrito varias obras, que son clásicas en esas materias.

Dos obras de él, en particular, son de un gran valor para quienes se interesan por las ciencias sociales. Una es su obra sobre el Dante y otra es la obra que ha querido editar la Universidad, titulada El Origen del Poder Político según Francisco Suárez

En ambos libros el Dr. Gómez Robledo sigue una técnica de investigación y de comentario verdaderamente sugestiva.

En primer lugar, transporta al lector a la época en que vivían los personajes de sus obras y lo sitúa dentro del marco de las ideas predominantes entonces, dentro del cuadro histórico y ambiental en que transcurrieron sus vidas.

Logrado esto, siempre con maestría y con auténtico colorido, nos introduce después en los grupos familiares, políticos y culturales en que actuaron aquellos hombres.

Mediante este proceso se nos lleva a la intimidad de los personajes cuyas obras analiza el autor y gracias a esto se puede comprender a cabalidad cuáles eran las alternativas ideológicas, económicas y políticas frente a las que ellos tenían que definirse.

La lectura de la obra del Dr. Gómez Robledo sobre Dante, por ejemplo, es indispensable para quien desee penetrar en la vida romántica del genial poeta florentino y explicarse la visión sobrenatural del más allá, que es el tema fundamental de su obra.

Ahí está, de paso, analizada la honda fe religiosa, la sinceridad de los sentimientos morales y la inspiración poética del genial florentino. Pero al mismo tiempo, a lo largo del libro y en particular en el análisis de la Divina Comedia, hay un preciso y justo enfoque de la historia de las instituciones del pasado y de las postrimerías de la Edad Media que dieron lugar a la formación de las repúblicas y reinos de la Italia donde, con el Dante, empieza a florecer el Renacimiento. Hay además enjuiciamientos de las vidas y obras de grandes figuras de la historia, y, finalmente, el autor revela un enjuiciamiento del Dante por el Dante mismo, de sus arraigadas ideas como italiano y como político y es en este último aspecto donde la obra del gran escritor mexicano se torna realmente interesante porque muestra al lector cómo el eximio poeta de Florencia destacó la importancia de la libertad como el más alto y el máspreciado derecho de la persona humana. En el capítulo que se refiere al pensamiento político de Dante, el Dr. Gómez Robledo pone de relieve la influencia que tuvo en la lucha ideológica y política que ocurrió en su tiempo entre el papado y el imperio romano-germánico, particularmente durante el papado de Bonifacio VIII, cuando éste trató de imponer su dominio sobre todas las potestades civiles de la época y en particular sobre el imperio.

Dentro del marco de las ideas políticas de su época, y desde luego limitado por ellas, el Dante cree que el imperio, que constituía para los hombres de entonces la más alta autoridad civil, era la garantía de la paz social.

Contemplaba al imperio como un lazo de unión, de orden y de paz en el mundo de pequeños estados

cristianos que iba emergiendo en la Edad Media, pero sin limitar las facultades internas de dichos estados, ya fuesen estas repúblicas o monarquías.

Así el Dr. Gómez Robledo, con su fino bisturí filosófico, hace una disección completa del pensamiento político del Dante para poner en evidencia que el gran poeta florentino, a pesar de los fanatismos religiosos y políticos de su tiempo, a pesar de la confusión de las ideas que había producido el caos de la Edad Media, había encontrado un hilo de Ariadna en la problemática jurídica y política de Occidente, una luz que lo orientaba hacia grandes verdades que después la Humanidad ha logrado definir a través de sangrientas guerras civiles religiosas e internacionales y de los dos espantosos holocaustos de las guerras mundiales de este siglo.

Esa investigación minuciosa del pensamiento político del Dante, llevada a cabo con tanta originalidad y con tanta exactitud por el autor mexicano, constituye para mí uno de los más sutiles, perspicaces y acertados procesos de investigación, casi de detectivismo ideológico, que haya leído en autores de este siglo.

Pero si el análisis sobre el pensamiento político del Dante lo considero una de las mejores obras que he leído sobre la materia, su libro sobre Suárez es para mí todavía más metódico, más vigoroso y más completo. Y es lógico: sobre el Dante sólo se cuenta con referencias, un tanto imprecisas, de su acción y de su pensamiento político, tal vez porque su aureola de poeta hizo que aquellos aspectos importantísimos de su vida quedaran en la penumbra.

La obra de Suárez, en cambio, es más fácil abarcar y de penetrar en todos sus aspectos y ella es verdaderamente esencial para la comprensión de los temas político-jurídicos que se discutían en el siglo XVI.

Sin poseer Suárez la hermosa prosa de Vitoria, más parco y más seco en la expresión que aquél, fue tal vez más directo en el concepto y llegó a concretar muchas de las ideas que su maestro apenas había dejado esbozadas.

El Dr. Gómez Robledo, en las páginas del libro que sigue a continuación, nos lleva de la mano a través de los problemas políticos y religiosos de Europa y del mundo en los años en que Suárez escribió y nos permite comprender las presiones a que estuvo sometido cuando trató de exponer su pensamiento, la fuerza de sus convicciones y el valor con las que expuso en sus libros.

El tema del libro a que se refieren estas páginas ha sido uno de los más discutidos en el campo de la filosofía política desde los tiempos de la Grecia clásica. Y es lógico que así sea porque ni la autoridad de los

gobernantes, ni la coercitividad de la ley se explicarían ni justificarían, si no se puede dar una razón lógica y justa para la creación del poder político.

Todavía este sigue siendo un tema de discusión porque está íntimamente relacionado con el choque de ideas de nuestro tiempo entre las ideologías socialistas y neoliberales.

El autor del libro, siguiendo su método ya comentado antes de situarse en el ambiente en que vivieron los autores que él estudia, para comprender las presiones ideológicas, morales, políticas y religiosas a que aquellos estuvieron sometidos y así poder penetrar en la médula de las ideas que expresaron en sus libros, hace un análisis muy penetrante y a mi entender muy justo del ambiente en que vivía Suárez, cuando escribía su libro "El Origen del Poder Político" así como los antecedentes de esta obra. Suárez había escrito poco antes otra obra refutando las pretensiones del rey de Inglaterra, Jacobo I de justificar el poder autocrático que trataba de ejercer en su país, alegando con abundantes pero mal interpretadas y retorcidas citas bíblicas, que ese poder venía de Dios.

La argumentación del excelso clérigo y jurista español no sólo destroza los absurdos argumentos del monarca, sino que también, de paso, combate todas las ideas absolutistas de su tiempo de políticos, reyes y emperadores y aún de la propia Santa Sede, para llegar a la tesis que constituye posteriormente el tema y la conclusión de la obra que comentamos.

Es interesante observar también cómo el pensamiento de Suárez se adelanta a las discusiones que habrían de surgir posteriormente para explicar el fenómeno social en la especie humana, la razón de ser del Estado, el origen del poder político y los límites dentro de los cuáles éste ha de ejercerse. En realidad Suárez dejó ya preparada, en pleno Siglo XVI, la base para la teoría del pacto social de Rousseau del Siglo XVIII.

Naturalmente los pensadores liberales y anticlericales que prepararon el movimiento revolucionario francés que culminó con el derrocamiento de la monarquía en 1789, no podían basarse en las ideas de Suárez, que como religioso sostenía que en Dios está el origen de todo lo existente.

Pero en la actualidad, superados los enfrentamientos ideológicos entre ambos bandos y con una perspectiva más racionalista, podemos comparar ambas tendencias y llegar a la conclusión de que Suárez enfocó el problema del origen del poder político con mucha mayor lógica y realismo que Rousseau. Y los que nos aferramos al principio de que la libertad del hombre constituye su derecho más esencial

encontramos en las ideas de Suárez argumentos precisos y concluyentes para reafirmar nuestro criterio.

El Dr. Gómez Robledo llega al centro mismo del pensamiento de Suárez y lo expone con absoluta claridad y lógica.

Según él, Suárez parte de la base de que el hombre, hecho a imagen y semejanza del Creador, ha venido a la vida para realizar en toda su amplitud los fines a que está destinado y para los que está facultado por su propia capacidad intelectual. Por lo tanto su libertad de pensamiento y de creación no pueden tener más límites que la voluntad de su Creador y los derechos de sus propios semejantes.

Así enfocado el tema, concluye en que para el hombre la libertad es consustancial con la vida misma y que esa libertad no tiene más limitaciones que la libertad de los demás hombres; en otras palabras, que en la vida social debe producirse un ajuste, en plano de igualdad, de las libertades humanas. Esa necesidad de ese ajuste, de definir hasta dónde el hombre puede actuar sin perjudicar a los demás, es lo que engendra la necesidad de un poder político, de una autoridad reguladora y armonizadora de la acción humana. Pero precisamente para que esa autoridad sea consecuencia de las libertades reunidas de todos los hombres de una determinada comunidad, ella debe convertirse en la primera defensora y protectora de las libertades individuales de los componentes del grupo social que le dieron origen.

Esta explicación de la génesis de la autoridad social es, desde luego, producto de la mente de un religioso que todo lo entiende y cree fundado en la idea de la divinidad.

Pero aún para quienes no tienen una religión determinada o prescinden de la idea de Dios, las ideas de Suárez tienen un tan denso contenido lógico que son inobjetables, porque si en todos los seres humanos actúan las mismas fuerzas, las mismas potencias vitales, ninguna filosofía o religión política puede encontrar razón válida para impedir que esas fuerzas vivas que la naturaleza dio a los hombres sean limitadas arbitrariamente por algunos de ellos.

No habría punto de partida para desarrollar un proceso lógico que trata de justificar la sujeción de un grupo humano a la arbitrariedad de otro grupo humano.

Las teorías de Nietzsche, inspiradas en el mito de la superioridad racial de algunos pueblos y del posible advenimiento de súper hombres, ideas que inspiraron a Hitler y a su nacionalsocialismo, han sido repudiadas antes de un siglo por toda la humanidad. Este repudio ha venido a confirmar la idea que es el punto de partida de la obra de Suárez de que la libertad no es ni un ideal,

ni una quimera; que ella es la razón de ser, justificación y esencia de la vida misma.

El libro que comentamos por eso tiene una evidente actualidad a pesar de que se refiere a ideas expresadas en el siglo XVI. No sólo tiene actualidad: como dijimos

antes al hablar de la obra del autor sobre el Dante, el pensamiento de Suárez es otro hilo de Ariadna que nos permite encontrar el camino hacia el futuro, a veces tan oscurecido y nublado por el choque de ideologías y de intereses políticos y económicos antagónicos.

Si coincidimos con la idea central del pensamiento de Suárez de que ha sido la propia libertad de los seres humanos la creadora del poder político para que éste sea el encargado de velar por la defensa de aquellas

libertades y de todos los derechos humanos, los hombres no podremos ser engañados por el señuelo de paraísos artificiales que nos prometen quienes deseen acaparar el poder político para su beneficio propio, o de una élite o de un partido político determinado.

Si nos posesionamos de la fe que inspiran las palabras de Suárez resistiremos todo intento y toda propaganda tendiente a la planificación económica y política, hoy tan en boga y que en realidad sólo tiende a la limitación de las facultades imaginativas y creadoras del hombre para que el poder social pueda ser acaparado por grupos ambiciosos.

Esa es la gran lección que nos deja la lectura de este libro.

El Socialismo sin rostro

*Thomas Molnar**

La autoridad y sus enemigos

*Thomas Molnar**

Prólogo de Rodolfo Cerdas

Thomas Molnar es un educador y escritor nacido en Budapest, Hungría, el 26 de junio de 1921. Hijo de Alexander y Aurelia, nacida Blon, obtuvo su maestría en literatura francesa en la Universidad de Bruselas en 1948. Ese mismo año obtuvo su maestría en Filosofía, y su doctorado, cuatro años más tarde, en la Universidad de Columbia. Ejerció la enseñanza como profesor de literatura francesa y universal en el Brooklin College, a partir de 1957, y fue profesor adjunto de Historia Intelectual de Europa en 1967. En 1969 se trasladó a Sur África como profesor de filosofía política en la Universidad de Potchefstroom, y en 1973-1974 fue profesor invitado de filosofía en el Hillsdale College, Michigan. Con donaciones y apoyos de la Relm Foundation, hizo viajes de estudio por el África francofona, durante los años 1963 y 1964; viajó también por Sur América en 1966; y recibió una ayuda de esa fundación para escribir su libro "Sartre, ideólogo de nuestro tiempo" (1967). Es miembro, además, de la Asociación de profesores de francés en los Estados Unidos. Entre sus obras destacan las siguientes: "Bemanos, su pensamiento político y sus profecías", 1960; "El futuro de la educación", 1961; "La declinación del intelectual", 1962; "Las dos caras de la política exterior americana", 1962; "África una guía política", 1965; "Utopía, la herejía perenne", 1967; "Sartre, ideólogo de nuestro tiempo", 1968; "Ecumenismo o Nueva Reforma?", 1968; "La contra revolución", 1969;

"La izquierda vista de frente", 1970; "El animal político", 1974; "El dilema europeo", 1974; "Dios y el conocimiento de la realidad", 1974; "El socialismo sin rostro", 1976; "La Autoridad y sus enemigos", 1976; "Humanismo cristiano, una crítica de la ciudad terrena y su ideología", 1978; "El modelo desfigurado, los Estados Unidos de Tocqueville a Carter", 1978; "Deístas y ateos, una tipología de la incredulidad", 1980. Además, son numerosos sus artículos en revistas académicas norteamericanas y europeas.

Más recientemente, Molnar se ha acercado a las relaciones internacionales abordando la cuestión de la posibilidad de sistematizar, en una teoría coherente, la intrincada rama de vínculos y relaciones entre naciones y organismos multinacionales. En su artículo "Puede ser formulada una teoría de las relaciones internacionales", publicado en la Revista Europea de Ciencias Sociales (Nº 54-55 del año 1981), Molnar vuelve a privilegiar el estudio del Estado como punto natural de encuentro entre el individuo, de un lado, y la humanidad de otro. A su juicio, el Estado es el único concepto político válido. No existe para él una "comunidad internacional" o una "familia de naciones" excepto, como sucede en el caso del concepto de humanidad, si se les entiende en un sentido no político. Las relaciones específicas y propiamente políticas se establecen entre Estados y sólo entre ellos. Las entidades reputadas como internacionales, tales como las Naciones Unidas, no se sitúan por encima de las entidades políticas ordinarias, por lo que una auténtica teoría de las relaciones internacionales no puede sino

**El Socialismo sin rostro y La autoridad y sus enemigos*, Colección Clásicos de la Democracia de la Universidad Autónoma de Centro América, 1986.

estar fundada más que en el estudio de las relaciones entre los Estados.

En 1976, en su libro "La Autoridad y sus enemigos", Molnar constató el ataque directo y constante que contra la familia, la escuela, los tribunales, la Iglesia y el ejército, se venía efectuando en todos los ámbitos de la sociedad civil y política.

Los procesos de democratización y de ejercicio ilimitado de una libertad mítica y absolutizada, han conducido a que la conciencia civilizada en Occidente se vea seriamente socavada. La única respuesta radica en una búsqueda responsable del necesario equilibrio entre libertad y autoridad, entre espontaneidad y orden, a fin de prevenir la crisis espiritual y moral que carcome desde dentro a las democracias liberales de Occidente. Su diagnóstico es pesimista y conclusivo. Dice "La conclusión no es difícil: durante la última década ha tenido lugar un profundo cambio que experimenta cada año una aceleración decisiva. La revolución izquierdista no es ya una simple amenaza verbal para uso de polemistas conservadores, sino que está en el último tramo de su marcha hacia la victoria"... "Una mirada al mapa nos mostrará que el número de regímenes democrático-liberales disminuye y los supervivientes son débiles, mientras que el número de "despotismos" aumenta. En muchos lugares ese despotismo parece la única alternativa, no porque lo desee la mayoría, sino porque la voluntad mayoritaria importa poco en esta época posliberal que funciona todavía con la etiqueta liberal".

La amenaza así es directa y real, aunque adquiere formas variadas y nuevas. "El pueblo norteamericano, como el de otros países de Occidente, continúa Molnar, ha vivido tan hipnotizado por el peligro comunista, que no advierte que la revolución es plural y llega como un sollozo y no como un estallido. Por supuesto, no restaurará la autoridad, ni siquiera un simple orden, sino una especie de estado de hibernación que permite a los conformistas llevar una existencia tranquila -de ahí su atractivo-, pero es implacable con los hombres libres. Su nombre puede ser "socialismo", pero no de esa especie hipotética que, según nos dicen, tiene rostro humano, sino del que no tiene ninguno y disuelve las últimas instituciones protectoras, elimina el ámbito político en que los ciudadanos solían moverse libremente e impone una estructura monolítica, una existencia delimitada".

El desarrollo de este pensamiento coherente consigo mismo, se encuentra justamente en una concepción como la que se ensaya y manifiesta originariamente en su obra "El socialismo sin rostro". Porque aquí, Molnar parte de una exigencia intelectual difícil de cumplir: la de dejar de lado las inclinaciones subjetivas y los valores personales para reconocer las

tendencias reales, tal y como a su juicio los hechos las expresan. Y las tendencias que Molnar constata en su examen, son, en ese sentido, desalentadoras para el modelo democrático-liberal de gobierno, aunque también para el comunista, absolutamente incapaz de constituir una respuesta a la modernidad y a las necesidades del Tercer Mundo, por su insalvable carácter cerrado y estancado.

En primer término, contrariamente a las argumentaciones y persistencia de apreciaciones interesadas a su favor, en la prensa, radio, edición, universidades, etc. el mundo contemporáneo comprueba día a día el ahogo de dos ideologías: la liberal democrática de los países occidentales desarrollados y la marxista del mundo comunista. La inercia del esquema político tradicional y el statu quo mental, a los ojos de Molnar, oculta el hecho, pero no lo desvirtúa. Las categorías tradicionales de clase y lucha de clases, de democracia liberal y parlamentarismo, de pluralismo y tolerancia, se encuentran en franca crisis, originando no obstante la ilusión entre diversos pensadores, de una posible convergencia final entre las dos tendencias ideológicas principales.

Mientras esto se produce y el debate ideológico se estanca en los niveles políticos del siglo XIX, el mundo contemporáneo contempla, como resultado de la emergencia de naciones nuevas en el amplio proceso de liberación nacional y desaparición de los viejos imperios coloniales, tendencias que constituirían a juicio del autor, un tercer modelo de carácter militar o social-nacionalista.

En este modelo, la abolición de los partidos o el partido único, la concentración de poder y el carácter monolítico del Estado y las instituciones, lo mismo que las tendencias autoritarias, pasan a ser lo característico. Molnar no entra a discutir realmente el contexto condicionante de tales tendencias, que implicaría analizar todos los problemas del "national building", pero aporta elementos de discusión fuertemente aceptables para corroborar su tesis de "una tendencia futura predominante hacia un régimen autoritario-burocrático-monolítico", distinto de los existentes al Este y al Oeste.

Por lo que hace al "socialismo", resulta claro a juicio de Molnar que su significado es, por lo menos, cuádruple: a. El descenso de la producción, independientemente de las formas que se le den a ésta: autogestión, cogestión, etc. b. La incapacidad immanente de los gobiernos para satisfacer a todos los ciudadanos acostumbrados no sólo a un cierto nivel de vida, sino a su mejoramiento constante. c. La burocratización que entorpece la producción y la distribución, paraliza el desarrollo, esteriliza la

innovación y hace retroceder a la sociedad industrial por lo menos dos siglos, cargando con el peso insoportable del Estado al comercio, la producción y el consumo. Y ch. La feudalización que protege a amplios conjuntos de ciudadanos contra los peligros de la existencia, pero que al mismo tiempo les priva del sentido de iniciativa, los regimenta y uniformiza. Pero justamente esto -paradójicamente- es lo que lo hace atractivo hasta en Occidente.

El rostro que ofrece el monolitismo en los países comunistas se expresa en el hecho innegable, a juicio del autor, de que bajo dicho régimen "sólo hay una institución, el Partido", ya que todo lo demás depende estrechamente de él. Del mismo modo que la vida política se reduce a la aprobación automática de los candidatos propuestos por el Partido, así también las instituciones: tribunales, administración local, escuelas, prensa, asociaciones culturales, empresas, sindicatos, representan su voluntad, sus opciones, sus cambios de línea. Existe una legalidad socialista, un arte socialista, un sindicato socialista, y todo lo que se aparte, en cualquier terreno que sea, se considera una desviación y, por lo tanto, ilegal y digno de castigo.

No debemos caer en confusión al respecto. El marxismo se ha desgastado terriblemente a causa de sus avatares en Rusia y en otras partes. Sigue sirviendo de "slogan paspartú", lo mismo que la democracia liberal, pero ambas ideologías son igualmente rechazadas y lo que surge en su lugar es el-"socialismo", o más bien el monolitismo: el término no importa; lo que interesa es que es éste, y no otro, el que permite caracterizar a los regímenes futuros del Tercer Mundo, sin perjuicio de que resulte también cada vez más aplicable a los países de Occidente. Sus rasgos más notorios radican en lo que al Tercer Mundo se refiere, a la liquidación de las instituciones políticas implantadas por la conquista occidental o la desaparición de su contenido, esto es, su independencia frente al Estado y su representatividad frente al pueblo. Los partidos políticos son las primeras víctimas de la desoccidentalización, ya que dividen la necesaria unidad monolítica de la nación frente a las fuerzas centrífugas que la amenazan: tribalismo, rivalidades étnicas, religiosas o de casta. Otro tanto sucede con el parlamento, el poder judicial y su independencia, con las empresas económicas, las asociaciones libres, las iglesias, la prensa, etc. Todo lo cual contribuye a edificar una ruta propia y distinta de la del modelo marxista comunista clásico.

Molnar no oculta sino que explicita, a su turno, las debilidades de la democracia liberal, dramáticamente testimoniadas, para nuestra generación, en el hundimiento de la República de Weimar. Tal "democracia" se funda en la disolución de las

instituciones, en la entronización del individuo abstracto, en una imprecisa soberanía popular, en la atomización de bien común... Adoptarla hoy día no es ya un síntoma de juventud, sino el signo de un espíritu de imitación conformista".

Las presiones sociales que acompañan la irrupción de nuevas naciones, porque significan el fin de una élite colonial superpuesta por la presión foránea, y el ascenso de sectores hasta entonces marginados de los beneficios sociales, económicos, políticos y culturales - en su mayoría en busca de la constitución de una contra-élite, elitista a su vez-, suponen no solamente un discurso aceptable para las masas en revuelta, sino la disolución del orden tradicional. La democracia liberal se convierte en tales condiciones propias de hoy, en un "sistema desestabilizador que conduce al país que le abre sus puertas al borde del abismo, incluso si el país se recobra en el último momento..."

¿Cómo no pensar aquí en el caso centroamericano, con Guatemala, Honduras y El Salvador? ¿Cómo separar este diagnóstico que subraya las dificultades prácticamente insalvables de preservar al Estado y sus instituciones en un marco democrático liberal, acosado por presiones sociales paralizantes y tensiones políticas disolventes, con el hecho real de que son cada vez más numerosas las naciones que eligen el régimen de autoridad, como lo plantea el autor? ¿Cómo no asociar esa deficiencia crónica de la democracia liberal con la opción hacia el totalitarismo marxista que se lleva adelante en Nicaragua?

En 1982, editor por Presses Universitaires de France, Molnar publicó su libro "Tiers-Monde, Idéologie et réalité". Allí intenta determinar con mayor claridad la originalidad del proceso evolutivo, social y político, del Tercer Mundo. Este desconocido histórico, para Molnar, ignorado por la prensa y los medios occidentales de comunicación, que omiten o mutilan la información que, proveniente de allí, se aleja de sus focos tradicionales de interés, de sus preconceptos y conclusiones hechas, ha empezado a andar y encontrar una ruta distinta de la democrático-liberal y de la marxista. No necesariamente mejor y más apta para responder a las diversas aspiraciones y necesidades de los pueblos, pero sí obviamente diferente.

Este trabajo desarrolla, en tres dimensiones, la tesis central que nuestro autor formuló en "El socialismo sin rostro", publicado también por Presses Universitaires de France en 1976, a saber: que al Tercer Mundo no se le ha tomado por lo que es y por lo que será, esto es, un mundo distinto, diferente a lo que son el Occidente liberal-democrático y el Este comunista. Molnar advierte que su motivación no se encuentra en ninguna ideología, ni en una mala conciencia de cara a los pueblos descolonizados, ni en la nostalgia de

civilizaciones primitivas incapaces, por el momento, de contaminar al plantear y de sobre consumir sus riquezas. Según Molnar, él se limita a constatar el retroceso de los países occidentales y su modelo, así como la repugnancia que inspira un poco por todas partes el modelo comunista. Esto lo conduce, entonces, a constatar como una consecuencia inevitable, la llegada de un tercer modelo, cuyo sujeto histórico, el Tercer Mundo, está en tren de fabricar.

A pesar de este nuevo desarrollo, la tesis de Molnar se ve contrarrestada, hoy día, por los propios ejemplos que invoca, particularmente en Europa y América Latina. Planteada antes de la culminación de los procesos de transición del autoritarismo a la democracia, y la consolidación de ésta en Portugal y España; y mucho antes de los últimos cambios producidos en Latinoamérica, el autor previó con claridad los peligros que afrontaban esos pueblos y tuvo a su haber la dolorosa lógica de la doctrina de seguridad nacional y sus nefastas consecuencias en la vida política latinoamericana. Pero no parece haber acertado en la vocación creciente y constante del hombre por la libertad. La consolidación de la democracia en los países de la Península Ibérica no fue sola: la acompañó también el restablecimiento de la democracia en Grecia. Pero también en Argentina, Brasil, Uruguay y Perú; y coincidió con el inicio de procesos democráticos de apertura liberal en los países centroamericanos que sufrían el dominio ya tradicional del poder militar.

No cabe duda de que la crítica del autor a la democracia liberal y sus debilidades; la constatación de los retos y las tendencias que encuentra en sentido contrario a su desarrollo -y que son innegables en África y Asia, y lo son aún hoy en varios países de la América Latina-, constituyen un llamado de atención, un enfoque original y una tendencia real en la vida contemporánea. Pero aun cuando el fenómeno fue predominante en el momento en que el libro se escribió, la dinámica histórica parece estar cambiando no sólo su ritmo sino su orientación, y ha vuelto a colocar la democracia no como el logro de un ghetto de naciones desarrolladas en Occidente, sino como un logro de la civilización humana, para la convivencia y el florecimiento del hombre.

Pero, además, existe una condición histórica distinta en las diferentes regiones, que usualmente los teóricos de los países desarrollados dejan de lado. En su urgente necesidad de elaborar categorías universales y omnicomprensivas -y esto para demócratas como para comunistas-, la especificidad de los procesos cede en aras de una homologación que pone un signo igual a elementos distintos, creando así una ecuación imposible de resolver. Pasar por alto que

la América Latina nació a la comunidad mundial casi simultáneamente con la Revolución Americana y la Revolución Francesa; ignorar su larga evolución en la construcción de las nacionalidades y Estados en la región; no valorar la búsqueda constante de formas democráticas de vida, cultura, educación y organización social, frente a oligarquías civiles y militares heredadas de un pasado colonial que se resiste a ceder su paso a una modernidad civilizada y progresista; disolver tal realidad en un denominador común, práctico por su facilidad de uso, pero inútil por su imprecisión conceptual y la heterogeneidad de su contenido como es el de "Tercer Mundo", conduce a conclusiones cuando menos precipitadas; a analogías formales que se separan de la realidad y a perspectivas absolutas e indiferenciadas, donde lo que se requiere es la diferenciación y la especificidad, para comprender la totalidad de los procesos.

¿Es esto una visión occidentalista o marxista de la evolución mundial, que cree a pie juntillas que la evolución histórica es unilineal, que el progreso espera al final del camino y que la sociedad -con luchas de clases o con progreso tecnológico, según la corriente de que se trate- se dirige a un mundo de igualdad y mejoramiento global, una especie de mundo feliz? ¿Es esto un etnocentrismo incapaz de comprender en su realidad las particularidades históricas y culturales de los pueblos del Tercer Mundo que conducen por una ruta distinta de las otras dos en disputa?

La respuesta a esta pregunta exige, precisamente, no caer en el etnocentrismo y no igualar lo que es distinto. Hay que distinguir y examinar de manera concreta la realidad para comprender por qué la democracia, con su tolerancia y pluralismo, su respeto al individuo y sus garantías jurídico-constitucionales, es factor de lucha y muerte, e ideal de convivencia y orgullo de civilización, en la América Latina, mientras que no lo es, en absoluto, ni en Irak, Irán, Libia, Siria o Sudán.

Hay otra cuestión que no por oculta es menos decisiva. Se trata del efecto global histórico de todo el proceso de emancipación colonial. ¿A quién debilita?

¿A quién fortalece? ¿De qué lado inclina la balanza mundial y hacia qué órbita económica, militar e ideológica termina volcándose? Molnar constata la tendencia. Pero en la historia las tendencias no son absolutas y el poder creativo de la voluntad del hombre juega, con su libertad, un papel relevante aunque enmarcado por la circunstancia histórica concreta. Y la constatación del autor sirve, puesta en perspectiva, no para una paralizante aceptación de la tendencia, sino para movilizar toda la fuerza transformadora de la

ideología y la cultura, a fin de que el movimiento histórico gigantesco de emancipación de naciones, que se vive en el siglo XX, contribuya a favorecer un modo

de vida democrático-aunque sea el nuestro- y no a las fuerzas que históricamente se declaran por su destrucción.

Consideraciones sobre el Gobierno Representativo

*John Stuart Mill**

Prólogo de Jorge E. Guier

“...que juntos podemos más que vos”

Para un inglés, y más si éste es liberal, escribir y meditar sobre la institución democrática del gobierno parlamentario, no es nada difícil, pues tal institución ha nacido en Inglaterra, viéndose ligeramente diseñada ya desde los albores del siglo XIII, con la Carta Magna, que ordenaba y pedía una reunión de los habitantes de la ciudad de Londres. Todavía la institución se mantiene saludable y llena de esperanzas y ventajas sobre los otros sistemas que el mundo ha inventado para su gobierno humano.

Cuando por actos de omnipotencia política se cierran los parlamentos, los congresos o las asambleas legislativas, sobre todo en los países de tradición latina, si tal tradición existiera, y que comprenderían los llamados del tercer mundo, aunque deberíamos incluir a Francia, España e Italia -¿de qué mundo serán porque nadie lo ha explicado en claro todavía?-, se tambalea y muy duramente, el frágil edificio del derecho político o, todavía peor, la endeble y tenue armazón del derecho constitucional. Como no se trata de Inglaterra, entonces, creo que se podría traer a colación aquella máxima que solía decir el Gatopardo: "Senatores boni viri, senatus autem mala bestia".

La idea parlamentaria del pueblo inglés está muy adentro de su espíritu. Si los barones que firmaron la Carta Magna con el Rey Juan sin Tierra no se entendían ni se preocupaban en el siglo XIII "de las libertades populares o de la democracia parlamentaria", habían llegado casi a sentir, como inconscientemente, un principio que sería fundamental para el desarrollo de las instituciones democráticas inglesas y luego las de todo el mundo. "Existe una ley por encima del rey, el cual no puede violarla", y que ahora se encontraba fijada clara y terminantemente en la, propia Carta Magna. Este solo hecho, de que rebosa a plenitud la

constitución redactada en 1215, es suficiente para que los hombres le deban respeto, y en algunas épocas hasta cariño; según los mejores expositores del derecho inglés, fue en la época del rey Enrique II que se inició en Inglaterra el imperio de la ley, pero esa labor no estaba concluida en esta época con aquella concepción, porque, como el rey Juan lo demostró, todavía la corona se sentía sobre la ley, y fácilmente se podía convertir esa institución, más que en un concepto de libertad y democracia, en una opresión para el pueblo. Aunque la creación del Parlamento con dos cámaras se conoce ya durante el reinado de Eduardo I, esta creación de las instituciones parlamentarias no fue, en realidad, un acto que se hiciera claramente pensado. La alta política real, toda la autoridad que tenían los nobles y el sentido de responsabilidad de las clases burguesas, fueron encontrando soluciones claras a los problemas que sin esperarlos se presentaban. De los choques de estos grupos fue que en definitiva nació el Parlamento. Aunque se inició por una convocatoria real para ayudar o ser un instrumento del gobierno, pronto se convirtió en su más estable control, hecho por los barones y luego por toda la nación. Tal vez podría creerse que su origen no se hallaba, aunque bastante encubierto, en aquellos Consejos de los señores normandos, "cuya sombra hoy todavía vaga por el palacio de Westminster". Cerca del siglo XIV comenzó ya a hacerse común la palabra Parliament (Parlamento).

Guillermo el Conquistador, por 1086, tuvo con todos sus sabios un "hondo discurso", antes de iniciar la serie de investigaciones que darían origen luego al Domesday Book. Si el libro se hubiera bautizado en latín, indudablemente se hubiera llamado Colloquium, ya que con el término coloquio se conocían en el siglo XI las consultas que el monarca hacía con sus grandes señores. Aunque estos coloquios no se verificaban en fechas fijas, sino cuando se necesitaba ayuda o consejo "sobre grandes asuntos del reino" bien podría darse el nombre de Parlamento a las reuniones, aunque el término se comenzó a usar estrictamente para aplicarlo a aquel Consejo permanente de funcionarios para recibir súplicas de la corona que sesionaba en Westminster, resolver problemas y de manera general orientar debidamente el camino de la ley. El Parlamento del siglo XIII recibe su único nombre

*Consideraciones sobre el gobierno representativo, Colección Clásicos de la Democracia de la Universidad Autónoma de Centro América, 1987.

(+) El texto completo del juramento que los nobles aragoneses medievales prestaban al Soberano, a su subida al trono, va como sigue: "Nos, que cada uno valemus tanto como vos, y que juntos podemos más que vos, os ofrecemos obediencia si mantenéis nuestros fueros y libertades; y si no, no".

de la fusión de dos instituciones, que aunque siempre se habían encontrado separadas, van a unirse indisolublemente.

Si acudiéramos a conceptos contemporáneos para tratar de definir claramente ambas asambleas, tendríamos que calificar a la primera como la que se encargaba exclusivamente de la conducción y dirección política del reino, y a la otra, como la encargada de la administración y la legislación. Los debates que se creaban luego de un discurso pronunciado al iniciarse las sesiones se parecían demasiado a los coloquios, mientras que cuando los proyectos de ley pasaban a las comisiones se asemejaban más a los procedimientos "parlamentarios".

En el reinado de Enrique III y tal vez hasta en el de Eduardo I no se podía imaginar que ambas asambleas hubieran podido unirse. Lo que sin lugar a dudas habría podido vaticinarse, en esta época, era que la constitución inglesa del reino vendría a asemejarse en mucho a la francesa: "un rey en Consejo como verdadero gobierno, los magnates reducidos a mera nobleza, y el Parlamento convertido tan solo en oficina de 'clearing' para asuntos legales". Pero a pesar de todo, la historia de Inglaterra cambió de rumbo drásticamente. El primer tono de este cambio se vio cuando los grandes del reino lograron dominar al Consejo, y hacer de sus intereses los mismos, y en segundo lugar, como todas las demarcaciones territoriales inglesas, sobre todo los condados, tenían una vida propia y casi independiente, lograron que sus representantes en Westminster ejercieran paulatinamente más influencia en las decisiones del Consejo. Pero se necesitaba un reactor de gran potencia para que se pudieran unir todas esas fuerzas desperdigadas, en la manera de una asamblea legislativa que resistiera todos los embates del tiempo. Esa fuerza apareció con Simón de Montfort.

Para que un Parlamento en alguna circunstancia tuviera más fuerza que la monarquía, por lo menos necesitaba llenar los siguientes tres requisitos: a). no sólo el derecho de votar los tributos, sino el control y la administración de los mismos; b). un poder legislativo amplio y autónomo, ya que en la época de Eduardo I el poder de hacer las leyes era exclusivo del monarca y los Comunes la única facultad que tenían era la de presentar peticiones; y c). el derecho exclusivo del parlamento de ser el guía de la política del país, lo cual para los integrantes de un Parlamento de 1305 era más que inconcebible, pues por derecho propio el monarca era el único responsable de ella. ¿Cómo, pues, en tales circunstancias Eduardo I hubiera pensado en la inmensa fuerza de los Parlamentos, si las condiciones para que la adquirieran eran casi increíbles?

Cuando el Rey había aceptado, en 1689, a plenitud el Bill of Rights, ya pocos asuntos de roce podían presentarse ante el monarca y su parlamento, pero siempre quedaba en el sistema inglés la laguna de un vínculo que uniera y soldara definitivamente las relaciones entre ese parlamento y el monarca. No se podía imaginar todavía que la ansiada unidad indisoluble del Gobierno del Estado iba a aparecer por la creación de un grupo de consejeros del rey, que se llamaría gabinete, que controlando los altos puestos de la administración estatal, iba a tener el apoyo de la mayoría de los parlamentarios de la Cámara Baja, y estar estrechamente vinculado a su suerte. Tan es así la situación, que cuando el Rey Guillermo, bajo la influencia del "ingenioso Sunderland", pretendió crear unos grupos de asesores suyos, que conoció como Ministros, el Parlamento no comprendió la significación trascendental de tal innovación y comenzó a revolverse y a murmurar que se estaban constituyendo Juntas y Cábales, y casi enfurecido amenazó con su vieja y terrible arma: el Impeachment. Esta arma ya no era tan efectiva como en tiempos anteriores, porque no se podía usar para controlar al Ministro, sino que únicamente "permitía castigar a los ministros después de un fracaso, pero no prevenir la imprudencia". Inglaterra se debatía alrededor de esta cuestión del ministerio responsable, y no encontraba todavía cuál sería la solución final de este problema, que podría dar al traste con todo el engranaje del Estado inglés.

Gracias a que eran mediocres los primeros reyes de la casa de Hannover, es que tienen importancia histórica inconmensurable. Por esos monarcas y por sus actuaciones, la monarquía inglesa se transformó en una monarquía parlamentaria. La corona sobre la cabeza de estos reyes se desprestigió, y en esta época nadie hubiera osado hablar, por ridículo, del derecho divino que los asistía. En el séquito de Jorge I, nadie, ni el mismo Rey sabía inglés. La única forma de comunicación del monarca con su corte fue el latín. El partido de los Whigs hizo posible que el tan ansiado milagro del ministerio responsable se hiciera una realidad, usando la coyuntura que se necesitaba con el advenimiento del hannoverismo. Si esta situación no se hubiera presentado entonces, la cuestión inglesa se hubiera configurado como "un reino sin rey". Sin los Whigs, el monarca se habría convertido rápidamente en nada más que "un Rey sin reino". La solución que apareció con Jorge I hizo que la paz política imperara en el reino. Así, la concepción del gabinete y del Primer Ministro solidariamente responsables ante el Parlamento, fue, como todas las instituciones inglesas, no una concepción a priori, sino la obra del tiempo, del azar, del compromiso y del buen sentido.

También el sufragio en Inglaterra fue un proceso ascendente de ampliación. En 1877 Disraeli lo concedió

a todos los obreros de las ciudades, y Gladstone en 1884 lo extendió hasta los trabajadores rurales de la agricultura. Luego se determinó claramente el secreto del voto sin restricciones y altas penas se crearon para todos los corruptores del sistema. El sufragio se declaró verdaderamente universal en 1918, en un período de plena y total guerra. Esta ley, la Representation of the People Act, concedió el derecho de voto a todos los varones y mujeres inglesas de más de treinta años, lo cual no vio John Stuart Mill, para completar todo su panorama de libertades inglesas.

En Inglaterra se ha creído siempre que por sobre todo el poder político de los reyes y del propio Estado se encuentra la ley. De aquí nace el increíble respeto a las normas jurídicas que hace gala todo inglés.

No hace mucho tiempo relata Andre Maurois en su Historia de Inglaterra, que los periódicos contaron un proceso en que estaban envueltos dos vecinos ingleses, en relación con un gato que había matado unas palomas mensajeras. El juez de paz rechazó el reclamo, y un tribunal de apelación lo confirmó, basados ambos en las razones de que como la ley inglesa no considera que los gatos sean animales feroces y salvajes, los dueños de éstos no tienen obligación de mantenerlos encadenados ni enjaulados. Cuando el dueño de las palomas apeló de esas sentencias, fue advertido por el presidente del último tribunal que conocería del asunto, que los gastos que tendría que pagar por su apelación eran excesivos. Recibió la siguiente respuesta:

Nada me importa, pues es para mí una cuestión de principios la que me interesa hacer juzgar: y es el derecho que tiene toda paloma inglesa de circular sin peligro de muerte".

Siempre, incluso después de muerto, la sombra adusta y rígida de su padre persiguió y apocó a John Stuart Mill. Las relaciones con el sexo opuesto, dificultosas y extrañas para él, no es raro que hayan sido determinadas por esa relación tan pesada y autoritaria. James Mill era y es un conocido historiador, economista y filósofo, que educó a su hijo John Stuart, sin ayuda de nadie y poniendo en práctica -angustiosa y dura las más de las veces- las teorías que sobre educación su maestro Jeremy Bentham había bosquejado. El resultado fue crear un monstruo de prodigiosa erudición pero con los sentimientos estropeados y deshechos. La reconstrucción de ellos, cuando John Stuart llegó a la adolescencia, fue una tarea difícil que quedó inconclusa, que le dejó una serie muy grande de llagas y dolores y muchos problemas psíquicos que no logró tampoco superar.

John Stuart nació en la casa de su padre, Pentonville, en Londres, el 2 de mayo de 1806. Ya a los

ocho años de edad había leído en su original griego a Esopo y Jenofonte. A los doce, siempre en esa carrera contra el aprendizaje, comenzó el estudio de la lógica aristotélica, leyendo al mismo tiempo, en su griego original, todos los tratados de lógica de Aristóteles.

Entre 1822 y 1823, con algunos amigos fundó un grupo para el estudio de la filosofía, la economía y las situaciones políticas de su tiempo. La denominó "Utilitarian Society", tomando el nombre prestado de una novela que había leído recientemente. Por esta época también, sus artículos filosóficos y de economía se fueron publicando en los diarios ingleses, aunque estaba muy jovencito.

Es generalmente supuesto que cuando Mill se refiere a su amiga Harriet (divorciada, por lo que usaba su nombre de casada, Mrs. Taylor), lo hace siempre con la vehemencia del enamorado y con la extravagancia del solterón que encuentra un primer amor, pero sus relaciones con ella, a pesar de todo lo que se ha escrito, o más bien por todo eso escrito, quedaron siempre como un enigma o un juego de rompecabezas, del cual las piezas no enteramente calzan para formar el cuadro correcto. Según dice Mill en su autobiografía, Harriet le inspiró su ensayo titulado "Enfranchisement of Women", contenido completamente en el volumen segundo de "Dissertations". Se dice también que en colaboración con su esposa terminó en 1859 dos grandes ensayos, tal vez los clásicos de su pensamiento: "On Liberty" y "Thoughts of Parliamentary Reform".

También dentro del campo político, lo que ahora nos interesa más, en 1861 publicó la obra "Considerations on Representative Government", que el lector está a punto de comenzar a leer. En ella sistematizó completamente una serie de opiniones que ya estaban antes expresadas en muchos artículos casuales y ensayos más serios. Se ha insistido mucho en la idea que aparece siempre en las obras de Mill: un entusiasmo auténtico por el gobierno democrático con un pesimismo en cuanto a lo que pueden ser los logros de la democracia: prácticamente cualquier discusión que se encuentre en este libro y subyacente en todas sus páginas aparece el problema de su indecisión política entre democracia y demagogia o al contrario.

Siete años duró Mill casado con Harriet. Cuando se retiró de la vida oficial, sobre todo en el Parlamento, siguió la muerte de Harriet en Avignon, Francia. Casi que todo el resto de su vida lo pasó semi recluido en su villa de Saint-Veran, cerca del lugar de la muerte de su esposa y amiga. Sólo en raras ocasiones, generalmente por muy poco tiempo y una vez al año nada más, regresaba a su casa en Inglaterra, en Blackheat.

Fue verdaderamente un romántico y un representante total en el deseo, con que siempre busca y trata de asimilar las más exóticas líneas de pensamiento que muestren signos de vitalidad. Siempre dijo de sí mismo que era superior a todos sus contemporáneos en la "habilidad y voluntad para aprender de cualquiera" y, así siempre, debido al cuidado y estricto sistema escolar que su padre había diseñado para él, fue sujeto al embite de numerosas influencias, lo cual no lo acongojaba, y tenía razón en ello. En sus obras pueden discernirse con claridad las huellas de las distintas doctrinas del temprano siglo XIX

que había asimilado, digerido y convertido en su propio pensamiento original.

Murió también en Avignon el 8 de mayo de 1873.

Una estatua de bronce suya adorna el "Thames Embankment" en Londres, y una copia del retrato suyo original pintado por G. F. Watts, adorna en un buen lugar la National Gallery.

Día de Santo Tomás Becket, 1986.

Una Casa Dividida

*Abraham Lincoln**

Guerra Civil y Democracia

*Abraham Lincoln**

Ensayos

*Abraham Lincoln**

Prólogo de Carlos Meléndez

En la capital de los Estados Unidos, en Washington D.C., en el parque del Potomac, se levanta un edificio de estilo dórico, llamado el Lincoln Memorial. Dentro del mismo se halla, en tamaño heroico, la figura sedente y señera del grande hombre que fue Abraham Lincoln, inmortalizado de esta forma por el pueblo norteamericano.

Lincoln perteneció a una familia de ascendencia puritana, que arribó de Inglaterra a Massachusetts en

**Una casa dividida, Guerra Civil y democracia y Ensayos* Colección Clásicos de la Democracia de la Universidad Autónoma de Centro América. 1986.

1637. Nació en el condado de Hardin, Kentucky, por entonces estado esclavista, el día 12 de febrero de 1809. Fue hijo de un modesto agricultor, que había optado por mudarse a Kentucky procedente de Indiana e Illinois. Fue Lincoln el típico "hijo de la frontera", y a la vez por su formación cultural corresponde al típico "self-made man", al autodidacta que se hizo a sí mismo. El año en que nació Lincoln, los Estados Unidos cumplían veinte años de estar regido por la Constitución, y empezaban a surgir los partidos políticos que se harían tradicionales, tras anteriores períodos, bastante confusos en lo ideológico.

"Nací y siempre he permanecido en la clase social más humilde", escribió en 1832, cuando se presentó como aspirante al primer cargo público, y así era en efecto. Nació en una rústica cabaña de troncos de árbol y en su infancia se ocupó de las más humildes tareas: peón de hacha, azadón y arado. Ya un poco más maduro se empleó como trabajador en la obra de construcción de los ferrocarriles; construyó una barcaza; acarreó cargas de productos agrícolas, a la

vez que se desplazaba de su tierra natal hasta Nueva Orleans. Fue luego dependiente de tienda; sirvió en un pueblo como administrador de correos y como práctico en topografía. Después estudió leyes y recorrió su distrito como abogado rural; obtuvo su licencia para ejercer tales funciones, en setiembre de 1836. Convivió con los primeros colonizadores rurales durante mucho tiempo, y de hecho él mismo adquirió sus hábitos y costumbres, que nunca abandonó. En 1837 se estableció en Springfield, Illinois, como abogado. En su profesión actuó siempre convencido de que el progreso, la seguridad y la lealtad del pueblo ordinario eran la base de la democracia norteamericana. De que los Estados Unidos eran "una nación nueva, concebida en la libertad y consagrada al enunciado de que todos los hombres son creados iguales".

En 1828, en un viaje por el río Mississippi, tuvo oportunidad de darse cuenta de la situación esclavista, y de allí en adelante empezó a prestarle especial atención al problema, sin llegar a declararse abolicionista radical, puesto que para él la esclavitud formaba parte de los cimientos mismos de la sociedad norteamericana. Lincoln sostenía entonces -y en ello no dejaba de tener razón- que la emancipación inmediata tendería a empeorar, más que a paliar, los males del sistema. En 1842 casa con Mary Todd, mujer de elevado origen social, con la que procrearía cuatro hijos, y sobre la cual se han dicho exageraciones acerca de su carácter difícil, que Lincoln aprendió a soportar; supo de este modo desarrollar sus cualidades de paciencia, tolerancia, indulgencia y perdón, tan útiles en su carrera política.

En Illinois inició su acción pública, como representante popular primero y luego ante el Congreso

del Estado en Springfield. En 1846 se abrió paso hacia Washington, como representante de Illinois en el Congreso Federal. Poco después comenzó la guerra con México, donde entraban en juego muy distintos intereses. Lincoln, como muchos, dudó de la justicia y necesidad de ese conflicto armado. En 1848, en los últimos meses de la presidencia de James Polk, afloró a la superficie el problema de los nuevos estados por crear, Nuevo México y California, y de si serían esclavistas o no. Los sureños amenazaron desde entonces con la secesión, y Lincoln se dio entonces cuenta de las siniestras implicaciones del problema. Su oposición a la guerra con México, le impidió la obtención de su reelección como congresista. A principios de 1849, al terminar su periodo, volvió de nuevo Lincoln a Springfield, para ejercer su profesión de abogado.

Entre 1849 y 1858, sus años de retiro en el ejercicio de representación popular, significaron para él la oportunidad para dedicarse a la preparación personal, creciendo entonces en inteligencia y carácter. Había aprendido además, que el político debe adaptarse al ritmo de la opinión pública, para poder alcanzar sus objetivos. En 1856 actúa como delegado ante la primera convención del partido republicano en Filadelfia.

La Gran Transacción de 1850 había buscado llegar a conseguir el difícil equilibrio entre los estados esclavistas y los no esclavistas. En realidad, lo que allí se resolvió era menos de lo que se creía, pues el acuerdo evadía el problema medular. El tema se volvió a revivir por 1854, pues la colonización forzaba a la toma de una decisión en favor de una de las alternativas. Esta vez, un desafío moral forzaba a Lincoln a la acción política, ya que había madurado y se perfilaba a partir de entonces como un verdadero estadista. Pero este repunte fue breve, dado que Lincoln no pudo alcanzar su meta de ser elegido senador, como tampoco lo conseguiría en 1856. En el ejercicio de su profesión de aboga-do, siguió afirmando su prestigio y sentando las bases para lo que habría de ser su ascenso a la Presidencia de los Estados Unidos.

No fue obra de la casualidad, la aparición en 1851-52, de la obra de Harriet Beecher Stowe "La Cabaña del Tío Tom", obra literaria de protesta contra la esclavitud. El libro impactó en la conciencia norteaña y arrancó lágrimas a gente hasta entonces desentendida de la cuestión esclavista.

La década de los cincuentas fue de gran prosperidad y de alto crecimiento en los Estados Unidos, debido a la influencia de la revolución industrial y la revolución en los mercados. La agricultura comercial se fortaleció sensiblemente con la maquinaria agrícola. El noroeste exportaba mucho trigo

a los mercados del exterior; el avance de la frontera agrícola y su consiguiente desarrollo económico fortaleció la corriente expansionista. Las cosechas de algodón del Sur alcanzaron también altos niveles. Todo esto estaba además relacionado con la extensión del sistema de transportes y comunicaciones, sobre todo de los ferrocarriles. El impacto de la revolución industrial llegó a ser el primer factor en el estímulo y expansión de la producción. Esto llevó también a minar a la vieja clase artesanal, en favor de una nueva clase de trabajadores industriales con trabajo permanente.

Esta era de prosperidad fortaleció la visión del futuro en las dos partes; en el Sur la expansión de la esclavitud por el algodón, y en el Norte el imperio de la libre empresa, con trabajadores igualmente libres. O sea, que tanta pujanza lo que hizo fue acelerar la división interna de la sociedad norteamericana, conduciéndola así hacia la guerra.

Para los sureños era creciente la inseguridad sobre la institución de la esclavitud. Paradójicamente, nunca antes, desde tiempos de Jefferson, el Sur había tenido tanta influencia sobre el gobierno federal, como en esta década de los cincuentas. Quizás por esto mismo, los sureños se animaron más fuertemente a demandar el derecho de expandir la esclavitud.

Bajo todo este ambiente de conflicto y tensión, fue que se desarrolló la campaña presidencial de los Estados Unidos en 1860. Stephen A. Douglas de Illinois figuró como el principal aspirante por el Partido Demócrata, dado que era el único que podía buscar el apoyo del Norte para resultar electo. Pero Douglas no tenía más alternativa que intentar también ganarse la confianza de los sureños, a la vez que debía reelegirse en el Senado, enfrentándose al destacado representante republicano de Illinois, el señor Lincoln. Hubo en esta campaña toda una serie de debates en Illinois, entre Douglas y Lincoln, en los que el primero mantuvo una posición un tanto ambigua para el caso. Douglas ganó la elección para el Senado, pero para su nominación presidencial perdió popularidad en el Sur.

Por entonces el Sur había adoptado una posición extrema. Los más radicales entre los sureños forzaban la adopción de un código para los esclavos; la mayoría de los sureños no pensaban en tales demandas y muy pocos sureños pensaban en llevar sus esclavos a otros territorios. Pero la tensión fue creciendo y los políticos sureños temían ser desalojados de sus posiciones defensivas de sus intereses en Washington. Por ello clamaban por mayores garantías y seguridades, ante el aparente crecimiento en el Norte del espíritu antiesclavista.

La convención nacional del Partido Demócrata fue realizada en Charleston en abril de 1860. Los más

radicales del Sur mantuvieron allí sus demandas. Al rehusar aceptarlas los partidarios de Douglas, los representantes de ocho estados del bajo Sur se retiraron, y la convención tuvo que suspenderse. En dos convenciones separadas de los Demócratas, reunidas en Baltimore, unos nominaron a Douglas y otros a John Breckinridge, de Kentucky. Mientras tanto los Republicanos se reunieron en Chicago para nominar a Abraham Lincoln, y la vieja línea conservadora de los estados fronterizos llamados por sí mismos Partido de la Unión Constitucional, eligieron a John Bell, de Tennessee, como cuarto candidato.

Lincoln resultó elegido Presidente de los Estados Unidos el 6 de noviembre de 1860, aun cuando no obtuvo el apoyo fuera de los estados libres; aun así, consiguió la mayoría del colegio electoral. En el resto de la nación, Breckinridge obtuvo el apoyo en el Sur; Bell ganó en tres estados fronterizos y Douglas obtuvo el segundo lugar después de Lincoln en el voto popular y ganó los votos sólo en Missouri y la mitad de New Jersey.

Ante tales resultados el radicalismo sureño no dudó en adoptar una conflictiva posición, que ya había comenzado desde antes en Carolina del Sur, proyectando una "República negra". A finales de 1860 la federación se debilitaba. La administración Buchanan se sentía impotente para actuar; los políticos de Washington buscaban en vano una fórmula de solución, y los Republicanos, victoriosos, no escuchaban las fórmulas para hacer siquiera las menores concesiones sobre la cuestión planteada de la esclavitud en los nuevos territorios, aun cuando estaban dispuestos a tolerarla en los estados donde ya existía. Por lo tanto, los estados secesionistas enviaron sus delegados a Montgomery, Alabama, para organizarse como Estados Confederados de América, habiéndose escogido al graduado de West Point, el señor Jefferson Davis de Mississippi, como su Presidente.

Al tomar posesión de su cargo en Washington, el día 4 de marzo de 1861, Lincoln se encontró con que seis estados habían ya abandonado la Unión. Lincoln trató desde entonces de tranquilizar al Sur, manifestando que respetaría el compromiso de su partido y hasta se mostró dispuesto a aceptar una enmienda constitucional en el mismo sentido. "No existe otro hombre más devoto de la paz que yo expresé- ni quien me supere en tratar de preservarla".

Lincoln comprendía que no era bien conocido en la Unión norteamericana, y se empeñó por asegurar que su persona no significaba el peligro que muchos le asignaban. En su discurso de toma de posesión, dedicó grandes párrafos para prometer que no intentaría nada que pusiera en peligro la paz. Pero no se le quiso

escuchar, sobre todo en el Sur, porque la opinión había sido mal orientada hacia él, presentándosele como el mayor enemigo de sus intereses. Quizás en el fondo se le cobraba aquellas expresiones suyas de junio de 1858, en que dijo:

"Una casa dividida contra sí misma no puede mantenerse".

"Creo que este gobierno no puede perdurar, permanentemente, mitad esclavo y mitad libre".

"No espero que la Unión se disuelva -no espero que la casa se caiga- pero sí espero que deje de estar dividida. Será del todo una cosa o la otra".

Pese a sus sinceros deseos de paz, le fue imposible a Lincoln impedir el rompimiento de las hostilidades. La guerra civil habría de durar cuatro años, desde abril de 1861 hasta abril de 1865. El conflicto tuvo por escenario más de la mitad de los Estados Unidos y su recuerdo significó el más hondo trauma del pueblo norteamericano en toda su historia. El desequilibrio entre el Norte y el Sur era tan evidente desde el principio, que, desde esta perspectiva, se ha hablado de la causa perdida sureña.

Lincoln en la guerra no perdió nunca su propósito de llegar a restablecer la Unión. No quiso transformar ese conflicto en una lucha para liberar a los esclavos, pero de hecho ese fue uno de los logros más concretos. Lincoln terminó por incorporar la emancipación de los esclavos como uno de los puntos básicos en el programa por la paz. Pero era lógico que en un estado de guerra civil ello sólo sería posible con la victoria militar. Cuando la guerra cesó tras el triunfo militar, los sureños recuperaron íntegros todos sus derechos ciudadanos, como si jamás hubiese existido el conflicto. Y en la etapa de la Reconstrucción, tuvo Lincoln que librar muy serias faenas contra aquellos que mostraban un espíritu de venganza. Lincoln los combatió en forma enérgica, y aquellos pugnaron incluso contra su reelección en 1864. El abogaba por una paz liberal, o sea a la postre, por una paz duradera, mediante la acción justa y moderada.

El 9 de abril de 1865, el General Lee rindió al ejército sureño en Virginia del Norte, y con ello empezaba la etapa de la Reconstrucción. El 14 de abril asistió Lincoln al Teatro Ford y allí recibió los disparos de su asesino John Wilkes Booth. Murió al siguiente día sin recuperar la conciencia, y con ello Andrew Johnson se convirtió en Presidente de los Estados Unidos.

Lincoln, con su muerte, se vio pronto transformado en una figura histórica de grandes dimensiones y en un héroe trágico. La extremada humildad, la sencillez de su vida y la especial elocuencia que le caracterizó; su trágico final; el hecho de haber preservado la Unión y

fortalecido la tesis de la libertad, con el ejemplo de su vida de lucha y fe en la Democracia, le elevaron ante la posteridad.

Lincoln no fue un radical pero sí un convencido de ciertos principios fundamentales de la sociedad en que le tocó vivir y a la que consagró su vida. Por todo ello es quizás el más famoso de todos los presidentes norteamericanos.

Hombre de estado y político, Lincoln es de esos raros hombres que supieron percibir lo universal en los hechos que le rodearon, lo eterno en medio de su propia circunstancia vital. Su fe en la Democracia quedó plasmada en su oración, más que discurso, de Gettysburg, en donde la definió en términos harto sencillos pero lapidarios, como "el gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo".

3 de Octubre de 1986

Tratado de la Naturaleza Humana

David Hume*

Ensayos Políticos

David Hume*

Prólogo de Miguel Ángel Rodríguez

"NO ES LA RAZON LA GUÍA DE LA VIDA, SINO LA COSTUMBRE". David Hume

DAVID HUME

"El más ilustre filósofo e historiador de los tiempos actuales". Adam Smith.

"nada puede añadirse a la fama de su Historia, tal vez la mejor escrita en cualquier lenguaje". Voltaire.

"me despertó del sueño dogmático"... "dio a mis investigaciones sobre la filosofía especulativa toda una nueva dirección". Kant.

"el más grande de todos los filósofos británicos". A. J. Ayer.

"Ningún hombre se esforzó más arduamente por la paz, la libertad y la justicia". F. Hayek.

"La teoría de la balanza de pagos y su ajuste por el flujo-precio-especie se originan en el trabajo de David Hume". Harry Johnson.

¿Quién fue este hombre que ha merecido tan variados y elogiosos comentarios? ¿Cuál fue la vida de este amigo de F. Hutcheson, Adam Ferguson, Adam Smith, Montesquieu, Voltaire, Rousseau, Diderot, d'Alambert y Benjamín Franklin?

SU VIDA Y PUBLICACIONES

Este filósofo moral escocés nació en Edimburgo en 1711. De familia relativamente acomodada, se educó en la Universidad de Edimburgo dos o tres años a partir de 1723, para luego pasar siete años en su hogar, en apariencia estudiando leyes y en realidad leyendo filosofía, historia y literatura.

En busca de "una vida más activa", durante un breve período de cuatro meses trabaja como oficinista para una firma de comerciantes en azúcar de Bristol. Encuentra, sin embargo, que el comercio no le atrae y resuelto a escribir su obra, viaja primero a París, enseguida a Reims y después de un año a La Fleche, un pequeño pueblo en Anjou donde radica durante dos.

Desde joven se dedica con pasión a buscar una nueva percepción de la naturaleza y de la verdad para darías a conocer al mundo. Cree haberlas encontrado a la edad de 18 años y a los 26, en La Fleche, termina su primera y gran obra: "Un Tratado de la Naturaleza Humana: Un intento de introducir el Método de Razonamiento experimental a Sujetos Morales"⁽¹⁾ (a), que un año después publica en Londres donde se traslada con tal propósito. Primero se editan los dos primeros libros: "Del Entendimiento" y "De las Pasiones" y el tercero, "De la Moral" ve la luz en 1740.

La recepción concedida al Tratado fue de gran desilusión para Hume. La crítica se mostró hostil y desdeñosa. Tanto así que, considerando que sus puntos de vista no habían sido entendidos, en 1740 difunde anónimamente un resumen que posteriormente cae en el olvido. John Maynard Keynes y Piero Sraffa lo descubren y publican con un prólogo en 1940 bajo el título de "Compendio de un Tratado de la Naturaleza Humana, 1740: Un Folleto hasta hoy desconocido de David Hume"⁽²⁾.

Sus primeros "Ensayos Morales y Políticos"⁽³⁾ se editan en 1741 y 1742, cubriendo gran diversidad de temas políticos, económicos, jurídicos, filosóficos, de

* *Tratado de la naturaleza humana y Ensayos políticos*, Colección Clásicos de la Democracia de la Universidad

(a) Las notas con número sirven para señalar los nombres originales de las publicaciones de David Hume. Las notas en letras se refieren a otros temas

crítica y de costumbres. Fueron muy bien acogidos, especialmente los dedicados a temas políticos; Hume los amplía en posteriores ediciones y suprime algunos sobre temas ligeros.

En 1744 es propuesto como candidato a profesor de Ética y Filosofía Neumática en la Universidad de Edimburgo, pero celos religiosos le impiden ser nombrado. Acepta entonces el cargo de tutor del Marqués de Annandale y vive en San Albán, cerca de Londres, donde escribe su "Indagación sobre el Entendimiento Humano"⁽⁴⁾ y probablemente también sus "Tres Ensayos, Morales y Políticos"⁽⁵⁾ que son publicados en 1748.

Con "La Indagación" Hume se propone reponer el primer libro del "Tratado"; se trata de una obra mejor escrita en la cual se enfatizan algunos de sus planteamientos.

Durante 1747 y hasta fines de 1748, sirve como asistente del General St. Clair en su embajada militar ante la Corte de Viena y Turín. Regresa luego a Ninewells, en Berwickshire, Escocia, sitio de la finca de su padre del cual era huérfano desde sus dos años. Allí termina su "Indagación sobre los Principios de la Moral"⁽⁶⁾, obra destinada a reemplazar el tercer libro de su "Tratado"; Hume la califica como el mejor de sus trabajos y la publica en 1751. En 1752 edita sus "Discursos Políticos"⁽⁷⁾ mientras labora en los célebres "Diálogos sobre la Religión Natural"⁽⁸⁾ e "Historia de Inglaterra"⁽⁹⁾.

En 1751, Hume se establece en Edimburgo; lo habría hecho en Glasgow, si nuevamente el fanatismo religioso no hubiese truncado los esfuerzos de Adam Smith y otros amigos por lograr, para él, la Cátedra de Lógica en la Universidad de esta ciudad.

Asume en cambio, la posición de Bibliotecario de la Facultad de Abogados de Edimburgo; desde ese puesto tuvo acceso a una biblioteca excepcionalmente bien surtida que en mucho benefició las investigaciones para su "Historia de Inglaterra". En 1757 renuncia al puesto en favor de Adam Ferguson, su amigo común con Adam Smith. Los seis tomos de la Historia de Inglaterra aparecen entre 1754y 1762.

En medio de esas publicaciones, en 1757 vio la luz otro volumen de ensayos, "Cuatro Disertaciones"⁽¹⁰⁾, una de las cuales, "De las Pasiones", era un resumen revisado del Libro Segundo del Tratado.

En 1763 el Conde de Hertford, embajador inglés en Francia, lo nombró su secretario particular. Recibe desde su arribo, una calurosa acogida por parte de la sociedad parisina. Los enciclopedistas le atribuyen condiciones proféticas y le tratan como tal.

En 1766 abandona París y en 1767 es nombrado Sub-Secretario de Estado para el Departamento del Norte, puesto que desempeña con éxito a lo largo de dos años. En 1769 regresa a Edimburgo con buenos recursos económicos, construye una casa y se dedica a revisar sus Diálogos sobre la Religión Natural, que se publican después de su muerte en 1779.

David Hume muere en Edimburgo en 1775. Cuatro meses antes escribe "Mi propia Vida"⁽¹¹⁾, una autobiografía de tan sólo cinco páginas. En su memoria escribió Adam Smith: "Siempre lo he considerado, en vida y desde su muerte, como una aproximación tan cercana a la idea de un hombre perfectamente sabio y virtuoso, como lo puede permitir la debilidad de la naturaleza humana".

SU MÉTODO

Tal como lo describe en el subtítulo de su primera obra, "Tratado sobre la Naturaleza Humana" y en su introducción a ella, Hume aplicó a la filosofía moral (Lógica, Moral, Crítica y Política) el método experimental resaltado por Newton en su aplicación a la filosofía natural (física). Para Hume "todas las ciencias tienen una relación, mayor o menor, con la naturaleza humana"^(b). Su objetivo es "marchar al centro de las ciencias, de la propia naturaleza humana". Para ello pretende usar como Locke, "experimentación y observación" y así obtener con "la explicación de los principios de la naturaleza humana, un sistema completo de las ciencias, construido sobre cimientos casi totalmente nuevos y únicos sobre los que puede descansar con seguridad".

Busca principios tan generales, derivados "de las más simples y menos numerosas causas", pero sin ir más allá de la experiencia y convencido de que "todas las enseñanzas de la experiencia son efecto de la costumbre, no de la razón". Concluye en consecuencia, "que no podemos señalar razón para nuestros principios más generales y refinados, fuera de nuestra experiencia de su realidad". Pero en ello, no considera superior a la filosofía natural, la cual tampoco "puede ir más allá de la experiencia". La desventaja de la filosofía moral radica, más bien, en no poder diseñar con premeditación sus experimentos. Por ello debe colocarse el pensador en la condición de quien quiere considerar (introspección) y recurrir "a una cautelosa observación de la vida humana".

En su búsqueda de la ciencia del hombre, Hume afirma seguir las pisadas de los filósofos ingleses Locke

(b) Las frases entre comillas son traducción libre de citas de Hume tomadas del "A Treatise..." (1) y de "An Abstract..." (2) según edición de D.G.C. Macnabb, William Collins Sons and Co. Ltd., Glasgow,

1962, y de "An Enquiry..."⁴) y "An Enquiry..." (6) según edición de Oxford University Press, Londres, 1975.

Shafferburg, Mandeville, Hutcheson y Butler quienes, al contrario de los racionalistas continentales, intentaron basar sus teorías en hechos empíricos acerca de los hombres. Al propio tiempo, consideraba que ninguno había tratado sistemáticamente de elaborar una ciencia experimental del hombre, que él ahora, procuraba uniformar en la ciencia de la mente con su aplicación de la asociación de ideas.

Trató de utilizar un método inductivo como el de Newton. Se preguntaba, al igual que Locke, cuáles serían los materiales de que dispone la mente y qué usos podrían dárseles; pero, así como Newton no había rechazado la formulación de conceptos abstractos para luego someterlos a experimentación, Hume recurre con frecuencia a imaginar situaciones mentales para obtener conclusiones. ¿Sería relevante para la física una gota imaginaria de agua?

SU FILOSOFÍA

En su teoría del conocimiento, Locke asevera la existencia de objetos físicos independientes de nuestra percepción de ellos, afirmando que sus cualidades se originan en las "diminutas partes" que los conforman y que a su vez capacitan los objetos físicos para producir en nosotros las ideas. Berkeley, por su parte, encontró en Dios la razón de que los objetos causasen en nosotros las ideas y pudiesen seguir siendo tales, aun cuando ninguna mente humana los percibiese. Hume llevó el escepticismo al campo de la mente, al de la relación de causalidad, a la existencia de Dios y al propio yo.

Para Hume "Todos los objetos de la razón humana pueden ser divididos en dos clases, Relaciones de Ideas y Asuntos de Hecho". La mente trabaja con impresiones e ideas. Las impresiones equivalen a experimentar pasiones y "recibir las imágenes de objetos externos a través de nuestros sentidos"; conforman "percepciones vívidas y fuertes". Las ideas surgen relativamente más débiles "cuando reflexionamos sobre una pasión o un objeto que no está presente". Cuando me quemó tengo una impresión. Cuando pienso en quemarme, tengo una idea. Las ideas, entonces, tienen su origen y fundamento en las impresiones.

Hume no profundiza en el estudio de las asociaciones de ideas; considera que los diversos tipos de esas asociaciones son relaciones conceptuales y por lo tanto, las afirmaciones sobre asociaciones de ideas son: "intuitivas o demostrativamente ciertas". En razón de lo anterior, se concentra en las relaciones entre Asuntos de Hecho las cuales fragmenta según semejanzas, contigüidad en tiempo y espacio, causa y

efecto. En la tercera división, causa y efecto, fundamenta todos los razonamientos sobre Asuntos de Hecho. Las dos primeras son definidas como meros principios de asociación. En su análisis de causa y efecto determina tres componentes: las relaciones de prioridad, contigüidad y conexión necesaria. En los dos primeros casos, las impresiones de las que se derivan tales ideas no resultan difíciles de encontrar; diferentes, en cuanto al tercer componente. ¿Cuándo una bola de billar golpea a otra tengo alguna impresión de "la fuerza" que la hará moverse? La conexión necesaria no es ninguna impresión proveniente de los Asuntos de Hecho.

Hume resuelve el problema recurriendo a la creencia, no razonable ni posible de probar, de que la observación en el pasado de consecuencias iguales me lleva a postular, sin justificación válida, que la misma consecuencia se dará en el futuro. ¡El escepticismo de la filosofía moral afecta también a la filosofía natural! Así, todo lo que puede señalarse es que en el pasado se da una correlación. Los Asuntos de Hecho pueden derivarse por razonamientos a priori. Lo que puede creerse es que se producirá en el futuro. La costumbre y no la razón, es la respuesta.

La memoria y la imaginación trabajan con ideas. La primera manteniendo las relaciones entre las ideas que provienen de mis impresiones. La otra, alterando las asociaciones de las ideas de cualquier manera distinta a las asociaciones originales de las impresiones. ¿Cómo sé cuáles ideas son memoria y cuál imaginación? Por un sentimiento de la mente, explica Hume.

Cuando dejamos de percibir un objeto físico y lo volvemos después a percibir, ¿cómo llegamos a la idea de identidad si su impresión no nos la pue-den dar los objetos? Por la creencia en la existencia construida a través del tiempo, que nos deparan los fenómenos de constancia y coherencia entre impresiones sucesivas. ¿Y en qué se funda la moral? Para Hume la virtud es una cualidad de la mente, agradable o aprobada por todo el que la considera porque es útil para el hombre o para la sociedad. Para exhibir esa virtud, sin embargo, es necesario un sentimiento que dé preferencia a las tendencias útiles, que constituya "una sensación en favor de la felicidad de la humanidad". "La razón nos instruye en la tendencia de actos y la sensación distingue en favor de los útiles y benéficos".

Al final, incluso el yo como conjunto de percepciones se funda en una sensación o creencia que Hume define "no como una naturaleza peculiar u orden de ideas, sino en la manera de su concepción y en su sentimiento en la mente".

El escepticismo de Hume fue base del idealismo de Kant, quien resolvió los problemas de la teoría del conocimiento con la introducción de sus "categorías a priori".

Las "creencias" y "sensaciones" de Hume, basadas en la costumbre, son también fundamento de sus aportes políticos, jurídicos y económicos.

Con los métodos de la ilustración, Hume señaló los problemas de esa ilustración. Con el uso de la razón, combatió el racionalismo imperante en el continente europeo de su época.

SU PRODUCCIÓN EN HISTORIA Y ECONOMÍA

En su Historia de Inglaterra, Hume dedica dos volúmenes a la época de los Estuardo; desde Jaime I y Carlos I, pasando por la revolución de Cromwell hasta llegar a la caída de Jaime II en 1688, al instaurarse la monarquía democrática. Posteriormente, publicó dos volúmenes sobre la dinastía de los Tudor, terminando con los dos últimos volúmenes que cubren desde la invasión de Julio César hasta el advenimiento de Enrique VII.

Trató la historia como una experimentación relacionada con la filosofía moral. Su propósito fue buscar hechos y sus conexiones para obtener material sobre algunas relaciones de los hombres en sociedad, que le permitiesen sacar conclusiones sobre el presente.

En su Historia, se ventila la correspondencia entre autoridad y libertad. Para ello, el período inicial por él estudiado, durante el cual cobró sus características la constitución inglesa en medio de luchas políticas y religiosas, fue un "microscopio" insuperable para sus deseos de experimentación. Señaló los excesos de poder del rey y del parlamento y confirmó sus conclusiones políticas sobre la necesidad de moderación y la base del gobierno en la opinión.

Los aportes a la economía, ciencia aún no nacida, los efectuó Hume en ensayos (Del Comercio, Del Dinero, Del Interés, De la Balanza del Comercio, De la Evaluación Comercial, De los Impuestos, Del Crédito Público), incluidos en sus Discursos Políticos impresos en 1752, los cuales fueron de extraordinaria importancia para la obra posterior de su amigo Adam Smith y su "La Riqueza de las Naciones".

En ellos desarrolló los conceptos básicos del llamado Enfoque Monetario de la Balanza de Pagos, elaborado por Harry Johnson, Jacob Frenkel y Robert Mundell, entre otros, al final de la década de 1960. Combatió el mercantilismo y sus ideas intervencionistas y alabó los logros de la competencia y la libertad económica; sus aportes a la economía fueron puestos

de relieve por Carl Menger más de un siglo después de su muerte.

ALGUNOS DE SUS APORTES JURÍDICOS Y POLÍTICOS^(c)

El médico holandés de vida inglesa, Bernard Mandeville, concibió en su Fábula de las Abejas, que en sociedad los resultados de las acciones humanas son muy diferentes de lo que los hombres individualmente intentan, que las personas persiguiendo sus propios, egoístas o altruistas fines, producían resultados útiles a otros, sin anticiparlo o tal vez ni saberlo; que todo el orden de la sociedad, incluso la cultura, es el resultado de esfuerzos individuales que no tienen esa finalidad, pero que son conducidos a ese fin por instituciones, costumbres y reglas que tampoco han sido deliberadamente construidas con tal objetivo, sino como consecuencia de las que sobrevivieron al probar ser exitosas.

David Hume recibe de Mandeville esta elaboración del pensamiento de los justnaturalistas españoles del siglo XVI, quienes no habían caído en la trampa originada en la separación de las cosas en naturales y artificiales, enunciada por los griegos. Esos pensadores supieron encontrar que en la sociedad se daban también instituciones que, como señalaría el amigo de Hume, Adam Ferguson en su Ensayo sobre la Historia de la Sociedad Civil, eran "resultado de la acción humana pero no del diseño humano".

Para Hume, las reglas morales no son naturales en virtud de innatas ni una invención deliberada de la razón, sino lo que nosotros concebiríamos como producto de la evolución cultural. Derivan de la experiencia práctica de la humanidad en el sentido de que esas reglas promueven el bienestar del hombre.

Las reglas de justicia y fidelidad surgen de que los hombres no sean totalmente altruistas, así como de la escasez de los medios. Brotan de "una concurrencia de cualidades de la mente humana con la situación de objetos externos". "Las cualidades de la mente son interés propio y generosidad limitada y la situación de los objetos externos es su fácil cambio de uso, unido a su escasez en comparación con los deseos por ellos".

Manan pues, de la naturaleza de las circunstancias "las tres leyes fundamentales de la naturaleza: estabilidad de la posesión, su transferencia por consentimiento y el cumplimiento de las promesas". Al decir que son leyes de la naturaleza debemos tener presente que "aunque las reglas de justicia son

(c) Estos temas los desarrolló con belleza y profundidad F. Hayek en The Results of Human Action but not of Human Design y The Legal and Political Philosophy of David Hume, publicados ambos en Studies in Philosophy, Politics and Economics, The University of Chicago

Press, Chicago, 1967 y "Dr. Bernard Mandeville" en *New Studies in Philosophy, Politics, Economics and the History of Ideas*, The University of Chicago Press, Chicago, 1978.

artificiales ellas no son arbitrarias. No es impropio llamarlas leyes de la Naturaleza si por natural entendemos lo que es común a una especie, o aun si lo reducimos a significar lo que es inseparable de una especie". Estas reglas surgen lentamente y toman fuerza en forma progresiva, por la observación de los inconvenientes que produce a la sociedad el violarlas. Como el lenguaje y la moneda, las reglas de justicia surgen por convencimiento humano "sin ninguna promesa" y su utilidad sólo se establece gradualmente.

De gran importancia es también su visión de que la conveniencia de las reglas de justicia sólo se puede juzgar por su aplicación general y no por su relación con el caso particular, "porque las consecuencias particulares de un acto de justicia concreto pueden ser dañinas para el público, así como para el individuo". Su beneficio "deriva de todo el esquema o sistema en que están de acuerdo todos o la mayor parte de la sociedad". "Aunque actos singulares de justicia pueden ser contrarios al interés público o privado, el conjunto del plan o esquema es altamente conducente, o absolutamente requerido para el soporte de la sociedad y el bienestar de cada individuo".

De esta posición general de filosofía moral deduce Hume su concepción política del gobierno de leyes y no de hombres y la búsqueda de esquemas para fundar el gobierno en la opinión y en reglas generales para "remover los poderes discrecionales".

CONCLUSIÓN

El escepticismo de David Hume debe movernos a la humildad de reconocer nuestra ignorancia. Su

empirismo, a respetar las instituciones sociales no diseñadas. Su deseo de justicia, a concluir con Hume en "estimar al hombre cuyo amor propio es dirigido por cualesquiera medios a interesarlo por los demás y hacerlo útil a la sociedad, así como a despreciar al que no tiene consideración por nada, fuera de su propia satisfacción y gozo".

OBRAS DE DAVID HUME

(1) "A Treatise of Human Nature: Being to introduce the experimental Method of Reasoning into Moral Subjects". Sus tres libros en inglés denominan: "Of the Understanding", "Of the Passions", "Of Morals".

(2) El título original fue: "An Abstract of a book lately Published Entitled, A Treatise of Human Nature, ETC. Wherein the Chief Argument of that book in further Illustrated and Explained". El título de la edición de Keynes y Sraffa es: "An Abstract of the Treatise of Human Nature, 1740: A Pamphlet hitherto unknown by David Hume".

(3) "Essays, Moral and Political".

(4) "Enquiry concerning Human Understanding", 1748, que originalmente se iba a llamar "Philosophical Essays Concerning Human Understanding"

(5) "Three Essays" ("Of Natural Character", "Of the Original Contract" y "Of Passive Obedience") 1748.

(6) "Enquiry concerning the Principles of Morals".

(7) "Political Discourses"

(8) "Dialogues concerning Natural Religion".

(9) "History of Great Britain from the Invasion of Julius Caesar to the Revolution of 1688"

(10) "Four Dissertations"

(11) "My Own Life"

Thomas Jefferson

*Max Beloff**

Autobiografía

*Thomas Jefferson**

Prólogo de Fernando Guier

Diecinueve días después de haber zarpado de Boston, el barco Ceres llegó a Portsmouth sin incidentes, luego de disfrutar tres deliciosos días de pesca en las frías aguas de los bancos de Terrano-va. Y a principios de agosto de 1784, el vigoroso provinciano de ojos claros y cabello castaño rojizo nacido en las verdes colinas de Virginia contempló atónito la elegancia de París, la cual contrastaba con la efervescencia previa a la Revolución francesa. Cinco años vivió Thomas Jefferson en Francia, dedicado a cumplir múltiples compromisos sociales, deberes políticos y diplomáticos y una ardua labor de estudio y meditación. Sufrió en ese entonces largos períodos de

aguda melancolía -propia del hombre intolerante, incapaz de disimular su disgusto por gentes y costumbres banales-, aunque se rumoraba con malicia que una hermosa mulata de carnes apretadas lo consolaba a hurtadillas en sus depresiones. Soy, anotó en sus memorias, lo suficientemente salvaje para preferir los bosques, las soledades y la independencia de mi granja a todos los brillantes placeres de esta alegre ciudad. E inusualmente un hombre acusado de anticlericalismo feroz solía refugiarse, huyéndole a la convivencia humana, en el aislamiento de los silenciosos hijos de San Bruno, allá en la Cartuja del Monte Calvario, en busca de la paz del ermitaño.

* * *

El virginiano que redactó la Declaración de Independencia de los Estados Unidos de América, nació en abril de 1743 y dedicó su juventud a la caza de aves, a la equitación y a las lecturas copiosas, memorizando las recias palabras antiguas de la versión de la Biblia del Rey Jacobo, mientras debatía su mocedad en un mar de incertidumbres y cavilaciones. ¿Cuál reputación preferiría?, escribió en 1808 rememorando su infancia: ¿Cazador? ¿Jinete? ¿O la del mejor abogado de los derechos de su país?

Durante doce años conoció, a través del ejercicio cotidiano de la abogacía, todo el aspecto ruín, sórdido y mezquino de la vida y, hartado de leguleyadas y alegatos curialescos, se retiró a la suave colina de *Monticello* a construir su hogar y ordenar una inmensa biblioteca, preferentemente dedicada a los clásicos griegos e ingleses. En junio de 1775 el meditabundo agricultor llegó al Congreso dispuesto a romper con el rey inglés, imbuido de las ideas de Aristóteles, Cicerón y Locke. Imposible narrar toda la epopeya -histórica y jurídica- de la independencia estadounidense, mas es preciso recalcar que Jefferson, bajo la influencia de Sir William Blackstone, mantuvo desde el inicio de las asambleas el principio fundamental de que la primera y más importante de las leyes humanas es conservar los derechos *absolutos* de los individuos, preexistentes a cualquier pacto social.

Es también interesante anotar que, desde joven y al sufrir una grave crisis religiosa, acentuó en su Diario:

"Creo que Dios nunca tuvo el designio de que ninguna de sus criaturas disfrutara de la felicidad perfecta; pero también creo firmemente que nos ha dado la facultad de aproximarnos a ella."

Varias décadas después y bajo la misma tesitura, concibió el pensamiento que sirve hoy de columna vertebral a toda auténtica democracia:

"Sostenemos como verdades evidentes que todos los hombres nacen iguales, que a todos les confiere su Creador ciertos derechos inalienables, entre los cuales se encuentra el derecho a la vida, la libertad y la consecución de la felicidad."

Con posterioridad a la emancipación, irrumpieron las luchas intestinas entre dos tendencias irreconciliables: por un lado, los monócratas y, enfrentados a ellos, los *republicanos* jefeados por Jefferson. Aquella lucha destruyó los nervios del virginiano quien anheló entonces quedar liberado de las odiosas ocupaciones de la política, para retirarse "...al

* *Autobiografía, y Thomas Jefferson*. Colección Clásicos de la Democracia de la Universidad Autónoma de Centro América, 1986.

seno de mi familia, de mi granja y de mis libros", pero siguió insistiendo en proteger cierto molde de civilización esencialmente agrícola, oponiéndose clarivamente al establecimiento de manufacturas y a la creación de grandes ciudades, luego habitadas por un proletariado de miles de trabajadores asalariados.

* * *

En 1800 se inició en la historia norteamericana una nueva era con la elevación de Jefferson a la Presidencia de la joven república y el pueblo estadounidense saludó jubiloso el retorno a los principios que fraguaron la Guerra de Independencia. Los monócratas, en cambio, consideraron este suceso como el anuncio de un período de anarquía y la instauración del gobierno del populacho. No obstante, aquellos temores, Jefferson fue reelegido nuevamente para un segundo período presidencial y con él triunfó la concepción individualista, transmutándose el poder político de la oligarquía mercantil al estilo inglés, a los rancios terratenientes de sobrias costumbres. La dinastía de Virginia -como se le llamó entonces despectivamente-, permaneció en el poder durante seis etapas gubernamentales y las ideas de los nuevos jefes chocaron notablemente con las concepciones anteriores: criticaron acremente la ostentación del régimen federalista y su desprecio por las masas; fortalecieron a los Estados confederados y se consideraron a sí mismos como los protectores del pueblo. Dicho credo democrático lo desarrolló en primer lugar Thomas Jefferson y, posteriormente, Andrew Jackson.

Dos relevantes pugnas ensombrecieron la vida del patriarca: su oposición al ideario aristocrático representado por Hamilton, el orgulloso Ministro de Hacienda del presidente Washington que intentó crear un inmenso banco nacional, y sus disputas constitucionales con el Juez Marshall acerca del papel que debería jugar la Corte Suprema como guardiana, intérprete y defensora de la Constitución, logrando el Juez un triunfo brillante.

Jefferson, en síntesis, creía en la igualdad humana -no en vano protegió a la minoría de la indiana piel roja, en la doctrina del pacto social como origen de todo gobierno y garantía de los fueros individuales y en el derecho a la revolución en el caso de que los jefes no cumplieran sus deberes. Le repugnaban los gobiernos fuertes y enérgicos, los cuales temía por su inclinación natural a la opresión y propuso que cada 19 años -para no atar a las generaciones futuras-, se revisaran las leyes fundamentales.

Aunque repudió la monarquía, deseó el gobierno de una élite inteligente, dispersa por todo el territorio: la educación y la autonomía local son las dos columnas

sobre las cuales se levantan las instituciones republicanas.

* * *

En la suave loma del santuario de Monticello, el anciano de ojos azul brillante y 83 años que había perdido ya a su mujer y a una hija aún muy joven, medita sobre religión. "Nunca podré unirme a Calvino; su Dios no es el Creador y benévolo gobernador del mundo, sino un demonio de espíritu maligno", comentó a un amigo.

Después erigió en principio absoluto la religión de la moralidad y en este aspecto es típicamente un pensador del siglo XVIII, pues estimó ser su único fundamento el interés general y la utilidad social.

La naturaleza ha plantado en el pecho del hombre el amor hacia los demás, un sentido del deber hacia ellos y un instinto moral, todo lo cual nos induce irresistiblemente a socorrerlos en sus miserias.

Aunque cabalga todos los días y copiosamente escribe cartas, se siente débil al caminar y sufre de escalofríos. Rechaza las carnes y se alimenta de verduras frescas, mientras toma un vaso de vino, pero un vino ligero. En sus últimos días su preocupación principal se centra en la prosperidad de su adorada Universidad de Virginia y, poco antes de las celebraciones que conmemoraron un nuevo aniversario de la Independencia norteamericana, llama a su querida hija Marta para entregarle un papel, en el cual anotó unas pocas líneas: el adiós desde su lecho de moribundo, en busca ya de la playa "*que corona todas mis esperanzas, o que sepulta mis inquietudes*".

De acuerdo con sus deseos, no se enviaron esquelas ni se informó sobre su muerte. Sus criados transportaron el cuerpo a la sencilla tumba de la familia, sin desfile ni discursos. El entierro fue descrito como el de un colonizador, en el pedazo de tierra recién arrebatado a la Naturaleza.

La riqueza de las naciones

Adam Smith*

Prólogo de Alberto Martín

Si el apotegma de Ortega y Gasset "Yo soy; yo y mi circunstancia" es valedero, entonces con Adam Smith se da la paradoja de un yo más que modesto y una más que grandiosa circunstancia. Así se explica lo que se ha calificado de "evidente desproporción entre la vida y actividades de un hombre y la influencia y trascendencia de sus doctrinas".

La Riqueza de las Naciones no es una obra original ni profunda, y sin embargo su influencia en el pensamiento y la acción tanto de la generación contemporánea de su autor como de las que le sucedieron se ha comparado a la de El Príncipe de Maquiavelo y El Capital de Marx.

En cuanto a la persona de Adam Smith, lo único fuera de lo corriente que ocurrió en su vida, fue el haber sido raptado, a los tres años, por una banda de gitanos. De no haber sido rescatado, comenta su principal biógrafo, "me temo que habría sido un muy pobre gitano". Tampoco le dio ocasión su rapto de volver, como César, a colgar a sus secuestradores. Su vida fue plácida, sencilla, descansada como la de los pocos sabios que en el mundo han sido. Ni un apellido ilustre, ni hazañas guerreras, ni triunfos políticos, ni cuantiosa fortuna ni angustiosas privaciones. Y, sin embargo, este

modesto y suave profesor de filosofía moral transformó la economía de todo Occidente, con su pensamiento, en forma más completa y decisiva que cualquier revolucionario, estadista o conquistador de su época.

Tratemos de entender. Analicemos, siguiendo la máxima de Ortega, la interacción morfológica de ese yo reducido y su ilimitada circunstancia que se llamó Adam Smith. Nació nuestro personaje en 1723 en Escocia, en el pequeño puerto y centro industrial de Kirkaldy, muy activo en el comercio de la sal, de la que evidentemente nunca faltó buena dosis al ingenio de su hijo más preclaro. Hijo póstumo de un empleado de aduanas de Edimburgo, quiso el destino que él también terminara sus días siendo empleado de aduanas.

Los méritos escolares del joven Smith en su pueblo natal lo llevaron a la temprana edad de 14 años a la Universidad de Glasgow, famosa como centro de la naciente Ilustración Escocesa, y mucho más abierta que las universidades inglesas a las corrientes filosóficas innovadoras que sacudían Europa y había cristalizado ya en Francia en la monumental Enciclopedia de D'Alembert y Diderot.

En Glasgow fue Adam Smith discípulo del renombrado profesor de filosofía moral, Francis Hutcheson, quien ejerció sobre él una profunda influencia comparable, lo dijo un prologuista, a la que ejerció Hegel sobre Marx, aunque posteriormente

* *Investigación de la naturaleza y causa de las riquezas de las naciones*, Colección Clásicos de la Democracia de la Universidad Autónoma de Centro América. 1986.

habría de disentir de sus puntos de vista filosóficos y económicos. Graduado a los 17 años, y en disfrute de una beca, cabalgó, sí cabalgó- ¡oh felices tiempos libres del humo y del peligro de los autobuses! -hacia Oxford, en cuyo Balliol College se instaló. Ahí, por considerarlo un poco herético y ateo, le confiscaron su ejemplar del Tratado de la Naturaleza Humana de David Hume. Sin desanimarse por acto tan inquisitorial, siguió cultivando y ampliando su espíritu durante seis años. De regreso a su pueblo, con ayuda familiar y el patrocinio del jurista, filósofo y esteta Lord Kames, logró abrirse campo hacia Edimburgo. En esa capital empezó a labrar su fama con una serie de conferencias sobre temas literarios, históricos y económicos que causaron buena impresión sobre grandes intelectuales de la época y le valieron, a la edad de 27 años, su nombramiento para la vacante cátedra de filosofía moral de su maestro Francis Hutcheson en la Universidad de Glasgow.

Ya vamos vislumbrando algunas facetas y aristas de la "circunstancia" que enmarcó el "yo" de Adam Smith: época histórica prerrevolucionaria en lo filosófico, lo político y lo tecnológico. Ni tan medieval que aún se disertara en latín en las universidades, práctica que ya Hutcheson había abandonado, ni tan moderna que no llevara la Inquisición todavía al cadalso o al salvaje suplicio de la rueda a criminales o inocentes, como lo denunció más de una vez el inflamado verbo de Voltaire.

Por esos años empezó para Smith el período más activo, social e intelectualmente, de su carrera, temporada que recordará después, acaso nostálgicamente, como "por mucho el período más feliz y más honorable de mi vida". El círculo de sus amigos y relacionados abarcaba a influyentes aristócratas y políticos del reino y a escritores y científicos de considerable fama, tales como James Watt y David Hume. También se extendía a los príncipes-mercaderes del tráfico colonial en que participaba activamente Escocia desde su unión política con Inglaterra en 1707, y a los socios del famoso Club de Economía Política de Glasgow. De ellos obtuvo Adam Smith información fidedigna y de primera mano para documentar con toques de realismo la celeberrima obra que apenas se incubaba en su cerebro.

No fue con todo, nuestro autor un economista en el sentido moderno del vocablo. Profesionalmente era profesor de filosofía moral, disciplina que algunos podrían imaginar ser el polo opuesto de la economía. Su primer libro, la Teoría de los Sentimientos Morales, vio la luz en 1759. Muy anterior a La Riqueza de las Naciones, contiene sin embargo los cimientos psicológicos de ese libro inmortal, pues en él Smith describe los principios de la naturaleza humana y

menciona ya "la mano invisible", alegoría que tan famosa habría de hacerse a través de su obra posterior. ¿No confirma todo esto el juicio de Othmar Spann de que "la economía no es una ciencia de los negocios, sino una ciencia de la vida"?

La Teoría de los Sentimientos Morales causó impacto y le mereció el nombramiento de tutor del joven duque de Buccleugh, hijastro del Ministro de Hacienda Charles Townshend, el mismo que con su nefasta política tributaria colonial, desató a corto plazo la Revolución Americana. Para aceptar tan lucrativa posición, renunció Smith a su cátedra y en 1763 salió con su pupilo para Francia, radicándose en Tolosa. Si en el Sur había de ser ¿por qué Tolosa y no Burdeos o Montpellier? Quizá por ser Tolosa el centro cultural que desde siglos mantenía la Academia de los Juegos Florales, la más antigua sociedad literaria de Europa, donde habría de laurearse entre otras celebridades Voltaire, Chateaubriand y Víctor Hugo. Allí también, a orillas del Garona, podían encontrar inspiración los espíritus devotos, contemplando en una magnífica basílica románica la tumba del doctor angélico Santo Tomás de Aquino. Hoy para los alegres fanáticos del tango, Tolosa puede añadir a sus laureles haber sido la cuna de Carlos Gardel.

En esta vieja ciudad del Sur de Francia, donde sólo permaneció 18 meses, empezó Adam Smith a escribir la futura Riqueza de las Naciones. Siguieron 2 meses en Ginebra con Voltaire, a quien Smith había leído extensamente y por quien sentía hondo respeto. Finalmente, París, la ciudad-luz; los grandes salones de la Ilustración Francesa, D'Alembert, Helvetius, La Rochefoucauld, y, sobre todo, el Dr. Quesnay y su círculo de Economistas-Fisiócratas, Turgot, Dupont de Nemours. Mirabeau padre. De regreso a Londres y a su pueblo natal, terminó y publicó en 1776 Adam Smith la moderna Biblia de economistas y hombres de negocios.

1776, año de felices coincidencias en un siglo lleno de extraordinarios y germinales acontecimientos. La publicación de La Riqueza de las Naciones no fue un hecho aislado sino una manifestación del vigor revolucionario de la época que se proyectaba en múltiples campos y en las más diversas latitudes. En 1776 redactó Jefferson la Declaración de Independencia de los Estados Unidos de América. En 1776 James Watt ponía a funcionar comercialmente las dos primeras máquinas de vapor en Inglaterra.

¿De qué incalculables consecuencias no fueron causa, de qué insondables corrientes históricas no fueron resultado, esos tres sucesos tan disímiles acontecidos el mismo año? Políticos, científicos y hombres de negocios -estos últimos al grito de guerra de laissez faire-laissez passer- luchaban en el siglo por derribar, junto con las monarquías opresoras, las

barreras al pensamiento y a la actividad económica que esos regímenes durante muchas décadas de un mal concebido Mercantilismo habían erigido en política oficial, cerrando caminos, encareciendo granos, matando aspiraciones y colmando presidios.

Adam Smith se convirtió en el vocero y campeón de dichas reivindicaciones. Sobre esa ola oceánica de fondo, incontenible y preñada de revoluciones, izó sus velas literarias, y en su libro encontraron los capitanes industriales un evangelio económico. Sus vituperados afanes de lucro se justificaban y ennoblecían, ascendiendo a la categoría de inmutables y providenciales leyes naturales. Y acaso lo que más autoridad concedía al mensaje de Adam Smith era el hecho de no ser él un apologista servil de los hombres de negocios, pues, por lo contrario, en sus publicaciones hallamos expresiones de tan intensa crítica al "establecimiento" británico y europeo como "mezquina rapacidad, espíritu monopolizador de mercaderes y manufactureros", "gobierno civil... instituido para la defensa del rico contra el pobre", degradación del obrero especializado que comparado con el agricultor "generalmente se vuelve tan estúpido e ignorante cuanto es posible para un ser humano de llegar a serlo". De lo que se ve que, si Adam Smith era universalmente querido y respetado, no lo fue por sus reticencias con los vicios y los abusos del mundo capitalista. Tampoco es justo considerarlo el profeta del liberalismo en su forma más extrema, la misma que fustigó Carlyle apodándola "anarquía más un alguacil".

A pesar de tan severos juicios contra los intereses creados, su biógrafo John Rae refiere que "sus opiniones devinieron temas de discusión general, las

ramas sobre que disertaba se pusieron de moda en la ciudad... bustos de yeso suyos aparecieron en las ventanas de las librerías, y las meras peculiaridades de su voz y pronunciación recibieron el homenaje de la imitación".

Rehusó en su vejez la pensión que su pupilo el duque de Buccleugh le había asignado como parte de su contrato de tutela, alegando que con su sueldo de Comisario de Aduanas le alcanzaba. No menos pundonoroso que su maestro, el duque insistió en pagarla, replicando que su sentido del honor nunca le permitiría dejar de hacerlo. Montesquieu, que tenía ocho años de muerto cuando se firmó el contrato, debe haber aplaudido en su sepulcro, pues fue él quien escribió que, así como el principio de gobierno en la república es la virtud, y el temor en el despotismo, así en la monarquía lo es el honor.

Murió Adam Smith a los 67 años, lleno de honores y reconocimiento.

Un buen retrato moral de su persona podemos encontrarlo en el acta de aceptación de su renuncia de la Universidad de Glasgow:

"La Universidad no puede dejar de expresar su sincero sentimiento por verse privada del Dr. Smith, cuyas distinguidas y amables cualidades le habían atraído la estima y afección de sus colegas, y que honraba esta Sociedad por su genio y la extensión de sus luces".

San José, octubre de 1986.

La República Norteamericana

*Jaime Bryce**

Prólogo de Alfonso Carro

James Bryce, hombre de Estado y científico de la política, del derecho y de la historia, nació en Belfast, Irlanda, el 10 de mayo de 1833. Se graduó en el Trinity College de Oxford en 1862 y realizó estudios superiores en la Universidad de Heidelberg, Alemania. Se incorporó a la organización oficial de abogados en 1867 y fue "regiuse profesor" de Derecho Civil en Oxford desde 1870 hasta 1893. La primera vez que ingresó a la Cámara de los Comunes fue en 1870 y sirvió varios cargos de importancia en los gobiernos del Partido Liberal: Secretario de Asuntos Exteriores (1886-1892), Canciller del Ducado de Lancaster (1892), presidente del Consejo de Comercio (1894) y Secretario Jefe para Irlanda (1905 a 1907). En 1913 se le otorgó la dignidad de par en la nobleza británica.

Bryce visitó por primera vez los Estados Unidos de América en 1870 y viajó también por América del Sur, Europa continental y los dominios británicos, lo que constituyó un factor básico en la formación de su perspectiva de los sucesos humanos y de su método comparativo y descriptivo. Fue Embajador de su país en los Estados Unidos de América de 1907 a 1913, cargo que desempeñó en forma brillante y positiva al establecer vías de comunicación diplomática de extrema utilidad entre ambas naciones, labor que extendió también al Canadá.

Su primer gran estudioso político fue "The Holy Empire", que escribió mientras fue profesor en la Universidad de Oxford, obra que constituye un valioso aporte a la comprensión de la vida política y de sus instituciones. En 1901 se publicó un pequeño libro de

Bryce que se convertiría en un texto clásico del constitucionalismo moderno: "Constituciones flexibles y Constituciones rígidas". En él, Bryce fijó una de las bases permanentes de la moderna "Teoría de la Constitución": la diferencia entre las constituciones flexibles o de derecho consuetudinario (Common Law Constitutions), como la de Gran Bretaña, y las constituciones rígidas o estatutarias (Statutory Constitutions), como la de los Estados Unidos de América, la de Costa Rica y la de casi todos los Estados de Occidente. En 1921 publicó su "Modern Democracies", obra en la que se realiza uno de los mejores estudios sobre las principales democracias de inicios del siglo XX; en ella es posible percibir algunos efectos de la gran transformación metodológica que en las ciencias sociales empezó en Europa a principios de este siglo y que luego se afirmó como efecto de la conmoción que produjeron en la conciencia y en el pensamiento de la época, la Primera Guerra Mundial y las revoluciones totalitarias de izquierda y de derecha en Rusia, Alemania e Italia. En efecto, desde una actitud intelectual que dominó gran parte del siglo XIX, en la que los pensadores de toda índole trataban de comprender las manifestaciones de la vida humana (religiosa, política, económica, jurídica, etc.) con base en un conjunto de principios y postulados que se tenían como evidentes y constantes, especialmente axiológicos y naturalistas, se ascendió a otra en que los viejos métodos estimativos y generalizadores fueron sustituidos por métodos propiamente científicos, como la observación de los sucesos, su medición y el uso de la intuición y del pensamiento lógico. Bryce pensó y escribió, en parte, dentro de estos grandes cambios en el conocimiento humano.

"The American Commonwealth", escrita en 1888, es la obra que con el título de "La República Norteamericana" nos publica ahora la Universidad Autónoma de Centroamérica en la "Colección Clásicos de la Democracia". Es, sin lugar a duda, el trabajo más importante de Bryce y uno de los mayores aportes intelectuales para la comprensión de la sociedad democrática moderna y de su espíritu y acción; utiliza para ello el proceso de construcción del gran sistema político, social y jurídico de los Estados Unidos de América, producto de la llamada Revolución Americana, una de las más importantes e influyentes en la historia de la humanidad.

Cuando se lee o se habla acerca de este libro, es inevitable establecer comparaciones entre "La Democracia en América" (1835-1840) de Alexis de Tocqueville y el libro de Bryce que estamos prologando. De aquélla dijo Roger Collard, el maestro de los

doctrinarios: "Desde Montesquieu no ha aparecido nada semejante"; y al conde de Tocqueville se le ha llamado "el Montesquieu del siglo XIX".

Ni de Bryce ni de su libro se han dicho cosas tan elevadas. Pero no es necesario tener la fama, bien ganada por lo demás, del escritor francés, ni la categoría universal de su obra, para ocupar un lugar de privilegio en la historia de la Teoría Política como la tienen, sin duda alguna, Bryce y su "The American Commonwealth". Y ambos enfoques de la sociedad democrática norteamericana, producidos en épocas separadas por más de cincuenta años, con rasgos diferentes y coincidencias fundamentales sobre el espíritu de la moderna democracia y del funcionamiento de sus instituciones, son indispensables para todas las personas que, como escritores, políticos, gobernantes o simples ciudadanos, deben saber qué es en realidad la democracia y qué la diferencia de sus antípodas: el totalitarismo, el autoritarismo, y todos los otros "ismos" que desgraciadamente inundan el mundo, negadores de la supremacía de la persona humana y de su dignidad, su libertad y poder propios, y exaltadores de realidades transpersonales como el Estado, la raza y la clase social. Para establecer esta diferencia, es indispensable conocer científicamente y sentir vivencialmente el principio de la soberanía del pueblo (que es el alma de la democracia) y los principios de los derechos del hombre, de la división de los poderes del Estado y de la constitución escrita (que son la esencia del liberalismo); y que frente a ellos, y como su antítesis, se encuentra el principio de que "lo mejor del mundo es un mandato" (que equivale a decir que lo principal de la vida humana es el poder), elaborado por el español Donoso Cortés y que inspiró la obra de Carl Schmitt, base y sustancia del totalitarismo nacional-socialista alemán.

Este libro de Bryce es una contribución brillante a lo que los franceses han identificado como una "cultura política" (André Siegfried, Jean Jacques Chevallier), con identidad propia pero dentro del contexto del todo de la cultura occidental, e integrada sin solución de continuidad, según ellos, a partir del siglo XVI con "El Príncipe" de Maquiavelo. A esta cultura política pertenecen algunos libros cortos, y hasta folletos, que han revolucionado y transformado el pensamiento y la realidad política de occidente, como el ya mencionado de Maquiavelo, "El Estado Llano" de Sieyès, "¿Es la Jurisprudencia una ciencia?" de Kirchmann, "La desigualdad entre los hombres" de Rousseau, etc. Y también, desde luego, libros de mayor densidad como "Los seis libros de la República" de Bodin, el "Leviatán" de Hobbes, los "Ensayos sobre el Gobierno Civil" de Locke, "El Espíritu de las Leyes" de Montesquieu, el "Contrato Social" de Rousseau, "Reflexiones sobre la Revolución Francesa" de Burke, "Los discursos a la

**La república norteamericana*, Colección Clásicos de la Democracia de la Universidad Autónoma de Centro América, 1987.

nación alemana" de Fichte, "La Democracia en América" de Alexis de Tocqueville, etc., sin citar aquí, aunque también pertenecen a esa cultura política, porque no vienen al caso, las obras básicas del marxismo leninismo y del totalitarismo nazista y fascista.

Sin tener la inspiración oportuna ni la elevada consideración filosófica y científica de algunas de esas grandes obras, "La República Norteamericana" de Bryce es un libro clásico, de lectura obligatoria para todos los hombres amantes de la democracia, que deseen aprehender su esencia y conocer sus múltiples y difíciles mecanismos de acción, sus fortalezas y debilidades, para convertirse en celosos guardianes de este sistema de convivencia política, cuyos enemigos internos y externos lo acechan y combaten de día y de noche.

Además de sus viajes y de su permanencia en los Estados Unidos de América, Bryce necesitó, para

escribir esta obra, un esfuerzo intelectual superior, pues con ella trató de interpretar el sentido y el valor de una forma cultural que ha transformado radicalmente el mundo político occidental. El llamado "enigma" de las formas de la vida humana, de la estructura de los grupos sociales, de los conjuntos históricos, no es fácil de descifrar, aun con la gran contribución del filósofo historicista alemán Wilhelm Dilthey y de su discípulo inmediato Hermann Heller. Para no resbalar superficialmente sobre la realidad de las estructuras o formas sociales y políticas, cada autor tiene que romper el nudo gordiano de este "enigma". En mi criterio, Bryce lo hizo. Por eso, este libro tiene gran profundidad y enriquece el acervo del conocimiento sobre la realidad democrática federal de los Estados Unidos de América

y sobre los regímenes presidencialistas que han originado, incluido el costarricense. Esos caracteres son un título de oro para que entre a formar parte de la "Colección Clásicos de la Democracia" que edita la Universidad Autónoma de Centroamérica.

Los Derechos del Hombre

Thomas Paine*

Prólogo de Jorge E. Romero

Un solo hombre honesto es de más valor para la sociedad, y a los ojos de Dios, que todos los rufianes coronados.

Thomas Paine
(1737-1809)

I- Introducción

La importancia de Paine en el desarrollo institucional de occidente viene dada por su valioso aporte a la democracia y a los derechos humanos.

Bien se puede decir que Paine fue un ciudadano del mundo y un defensor de la libertad.

II- Vida

Bien decía Paine que su Patria era el mundo y que su religión era hacer el bien. Estos fueron los principios rectores de su vida.

Nace el 20 de enero de 1737 en Thetford, Norfolk. Sus padres fueron Joseph Paine, corsetero y Frances Cocke, anglicana hija de un abogado de la localidad. En 1743 inicia su vida escolar y en 1750 la termina.

Para 1753 y 1756 se enrola -respectivamente-con los corsarios *Terrible* y *King of Prusia* con los capitanes Death y Mendes.

En 1757 comienza a trabajar como asistente del corsetero Morris de Londres y al año siguiente trabaja como corsetero en el taller de Grace. Ministerio del Duque de Choiseul. En ese mismo oficio se instala en Sanduvich, Kent (1759). Este mismo año se casa con Mary Lambert, huérfana doncella de la mujer de un compañero de trabajo. En 1760 se muere su esposa. Se le nombra calibrador de toneladas de bebidas espirituosas con una remuneración de 50 libras al año.

En 1763 se le nombra para controlar el contrabando en Altford.

Lo destituyen de su cargo por negligencia en 1765.

Vuelve a trabajar como corsetero en el taller de Gudgeon (Diss), Norfolk (1766); asimismo se gana un salario como maestro de escuela en Londres.

Ya para 1767 lo restituyen en el cargo de consumos, esperando que quede un puesto vacante. En 1768 se le manda a reprimir el contrabando, como consumero en Lewes, Sussex.

Ayuda a la viuda de su casero Ollive y a su hija Elizabeth en la tienda (1769), cuando muere Mr. Olive. Se vuelve a casar en 1771 con Elizabeth Ollive.

**Los derechos del hombre*, Colección Clásicos de la Democracia de la Universidad Autónoma de Centro América, 1987

El caso de los agentes de consumo lo escribe en 1772 y lo distribuye entre los parlamentarios en Londres.

Por "abandono del puesto", lo destituyen de nuevo del cargo de consumero (1774). El 4 de junio de este año se separa amistosamente de su esposa. Duró sólo 3 años casado.

En 1775 se le nombra director de la *Pennsylvania magazine*.

Se le nombra secretario del general Roberdeau y luego ayudante de campo del general Greene con el grado de mayor de brigada (1776) colabora en este mismo año con Franklin en la Constitución de Pennsylvania, 4 julio 1776 independencia de USA.

En 1777 a Paine se le nombra secretario de la comisión del congreso que negocia con los indios. También es secretario de la comisión de asuntos exteriores del congreso.

El año 1779 trae la destitución de Paine a su puesto de secretario de la citada comisión de asuntos extranjeros. Al estar en una situación económica lamentable se emplea como secretario del Señor O. Biddle.

Ya para noviembre se le nombra secretario de la Asamblea de Pennsylvania.

En 1780 ayuda a redactar la ley de abolición de la esclavitud en Pennsylvania.

Paine va a Francia con J. Laurens a negociar, exitosamente, un préstamo de guerra, (1781). En este año regresa a América, le solicita a George Washington recursos para vivir. Lo cual logra en 1782, cuando Washington logra que le den 800 al año.

Con el pago de 3000 dólares que le adeudan compra un terreno de 1.2 hectáreas en Bordetown, New Jersey-Inglaterra (1783).

En 1784, la Asamblea de New York le regala a Paine un terreno de 110 hectáreas en New Rochelle.

En 1785 trabaja en su proyecto de un puente de hierro por secciones.

En 1786 exhibe su modelo del puente en la Academia de Ciencias en Francia, le da una pensión a su madre, radicada en Inglaterra, de 23 libras 4 chelines.

Jefferson y la Fayette tratan de convencer, en 1788, al gobierno de Francia para que construya un puente sobre el Sena, basado en el modelo de Paine.

En este año Luis XVI convoca los estados generales para 1789.

En este simbólico año de la Revolución Francesa, Paine pasa 3 semanas en la cárcel por deudas. Luego se traslada a París en noviembre. Asimismo, en Rotherham se comenzó a montar el puente ideado por Paine.

El 27 de agosto de 1789 se toma la Bastilla y La Asamblea Nacional Francesa proclama los derechos del hombre y del ciudadano.

Para 1790 Paine regresa a Inglaterra para supervisar el puente que se construye en Londres: Técnicamente, es un éxito el puente; pero financieramente, es un fracaso.

La Fayette le da a Paine la llave de la Bastilla para que se la dé a Washington.

La publicación de Burke *Reflexiones sobre la revolución en Francia*, provoca en Paine la voluntad de refutarla.

Ya para el año entrante y el que le sigue publica Paine sus *Derechos del Hombre*. Por estas obras se le condena en Inglaterra (1792) por sedición (en diciembre).

Se le nombra miembro de la convención nacional francesa por Calais.

Paine se opone en 1793 a que ejecuten a Luis XVI.

En 1794 estando en prisión (Luxemburgo) termina la *Edad de la razón* (I).

En este año sale enfermo de la cárcel y lo reeligen como diputado en la Convención el 7 de diciembre.

Para 1797 está en París y apoya al golpe de Estado del Directorio.

Napoleón consulta de vez en cuando a Paine. Para 1802 ya se encuentra en Estados Unidos.

En 1803 visita Nueva York y luego se traslada a su finca de New Rochelle.

Al año siguiente hay un intento de asesinato contra su vida.

En 1806 padece un ataque de apoplejía.

En 1808 vive en New York semiparalítico.

En 1809 muere.

III- Publicaciones:

1768. Escribe poesía, sátiras y canciones.

1772. El caso de los agentes de consumo

1775. *La esclavitud africana en América* (en el Pennsylvania journal)

1776. *El sentido común*. Empieza la publicación de los trabajos que denomina las crisis americanas (I). en adelante crisis)

1777. Crisis II, III, IV

1778. Crisis V, VI y VII

1780. Crisis VIII y IX Crisis extraordinaria. El bien público.

1782. Crisis X, XI y XII. *Crisis supernumeraria* (I) *Carta al abate reynal*.

1783. Crisis XIII. *Crisis supernumeraria* (II)

1786. Disertaciones sobre el gobierno, los asuntos del banco de Norteamérica y el papel moneda

1791-1792. Derechos del hombre (I) y (II)

1793. *La edad de la razón* (I)

1795. *La edad de la razón* (II) *Disertación sobre los primeros principios del gobierno*.

1796. *Justicia agraria*. Carta a Washington.

1802. *Empieza la serie Carta a los ciudadanos de Estados Unidos*.

1804. *Prospect. papers*

1806-1807. *Las causas de la fiebre amarilla*.

IV- Ideas Centrales

1. Democracia:

Idea clave en el pensamiento de la época fue que "ningún hombre ha recibido de la naturaleza el derecho de mandar a los otros" (La enciclopedia).

Siendo el fundamento del poder, el consentimiento de los hombres reunidos en sociedad. La democracia representativa y republicana será cara a los ojos de Paine.

El gobierno es posterior a los seres humanos y a la sociedad. Debe representar los intereses de la sociedad y estar sometido a la Ley.

2. Antimonárquico.

Paine es antimonárquico.

No cree en la monarquía, por ser un gobierno hereditario, por tanto, tiránico y va contra Natura.

De tal modo que eso que llaman esplendor del trono no es sino la corrupción del Estado. Consiste en que

una partida de parásitos viva en una indolencia lujosa a costo de los tributos públicos.

Se opuso fuertemente a la aristocracia hereditaria.

3. Constitucionalista.

Que, en la constitución escrita, como medio de regular la sociedad y al gobierno; y, de preservar y titular los derechos humanos.

4. Libertario.

Considera la libertad del ser humano como un bien inalienable que el gobierno y la sociedad deben respetar porque son anteriores a ellos.

Los derechos del hombre, entre ellos la libertad, son naturales; es decir, anteriores a la sociedad; y, al gobierno que es un mal necesario.

5. Demócrata o Socialista.

G.D.H. Cole en su Historia del pensamiento socialista, ubica a Paine como un precursor de esta corriente, sin embargo, es más bien un pionero del sistema democrático republicano. Paine influye con sus ideas tanto las declaraciones del hombre en Francia y del acta de independencia en América. En una clara línea de ideología democrática y republicana.

6. Los derechos del hombre.

Su obra fundamental Los derechos del hombre, lleva como subtítulo: respuesta al ataque realizado por el Sr. Burke contra la Revolución Francesa.

En este libro Paine replica el ataque monárquico y conservador de Burke.

Los derechos del hombre son naturales e imprescriptibles y son libertad, seguridad, propiedad y resistencia a la oposición.

Importa destacar el derecho de los seres humanos a resistir la opresión porque el tiempo y los intereses han atentado contra esta tesis.

Cuando el representante (popular y representativo) traiciona el mandato del pueblo, éste tiene derecho a rebelarse y quitar al gobernante que traiciona su cometido de mero y simple representante y administrador de los intereses populares del pueblo.

Por ello aún el gobierno más perfecto es un mal necesario, siendo la tutela y desarrollo de los derechos humanos lo más importante en la sociedad.

7. Pacto Social.

Paine también defiende la tesis del pacto social o contractualista.

Esta idea es común entre los revolucionarios de la época. Empero, Paine sostiene que el pacto es anterior a la formación del Estado; y no es entre la Administración y los administrados; o, entre el gobierno y los ciudadanos sino entre los sujetos de la nación o del pueblo.

Los seres humanos pactan para vivir en orden social, económico y político. Por ello, el fundamento legítimo del gobierno radica en el pacto social hecho por el pueblo mismo, en su seno.

Con ese pacto, generador del Poder, el pueblo elabora su propia constitución escrita para establecer las reglas fundamentales del juego político.

Por ello, estima Paine que Inglaterra no tiene constitución, ya que no es escrita.

V- Comentarios

1. La formación académica de Paine fue deficiente y no fue un estudioso o académico.

Empero, su sentido de la observación y sus ideas centrales fueron claves en su tiempo, a pesar de no ser el autor de tales conceptos, sino un divulgador relevante en su praxis política intensa.

2. De 1737, año de su nacimiento a su salida de Inglaterra (1774) hacia Filadelfia, significan 37 años de mediocridad vital, sin embargo, a partir de aquí su vida es intensa y creativa.

3. Su obra el *Sentido Común* era una exaltación por la independencia de las colonias inglesas en América.

Mientras que sus *Derechos humanos* resaltaban y defendían los principios, postulados y fundamentos del cambio social en América y en Francia; al tanto que su Bien Público es un llamado en favor de una confederación americana puente, consolidada y eficaz.

4. Sus obras más editadas por millones, fueron *El Sentido Común* (1776) y sus *Derechos Humanos*, (1791-92). Bien se puede decir que fue uno de los principales ideólogos de la Independencia de las colonias inglesas en América como de la Revolución Francesa.

5. Republicanismo, democracia, libertad, igualitarismo y nacionalismo fueron tesis medulares en la postura de Paine.

6. Fue un altivo y coherente defensor de las Revoluciones Americana (1776) y francesa (1789).

Enalteció la libertad y el sufragio universal.

Se entregó a la causa del nuevo mundo que nacía y siendo Edmund Burke (1729-1797) un nuevo pretexto con sus *Reflexiones sobre la Revolución Francesa* (en favor de la monarquía y del Antiguo régimen) para que Paine divulgara su pensamiento democrático, republicano y nacionalista (en cuanto conformador de la *nación* como criterio político e institucional medular).